

HUMOR BLANCO

*Miguel Rojas Jiménez**

Huetara

*De cerca en cerca
dejamos pedazos de pantalón,
el humor es juventud interior.*

mr

RESUMEN

Hechos, anécdotas y reflexiones del actor de teatro, Miguel Rojas.

ABSTRACT

This article gathers facts, anecdotes and reflections by the theatre actor Miguel Rojas.

Anécdota es el relato circunstancial, breve y preciso de un hecho que llama la atención de quien lo expresa, generalmente para dar cuenta de él, como entretenimiento, ejemplo y reflexión.–

El escrito presente suprime nombres de personas – hasta donde ha sido posible – en consideración a la eterna susceptibilidad de caracteres de los distintos actores sociales y artísticos.–

En 1970 se funda el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, y su entidad adscrita, la Compañía Nacional de Teatro, en 1971. Ambas instituciones y sus respectivas fechas marcan el inicio del teatro contemporáneo costarricense. En la década de los 70's era común participar en varias obras de teatro al año. A partir de mediados

de los 80's, la tendencia era la de participar en montajes cuya temporada fuera lo más extensa posible. En el alba del siglo veintiuno, cada uno hace su plan y trata de sobrevivir lo mejor que puede. La competencia es cada día más dura y los grupos de amigos con intereses afines y de poder marcan una pauta importante. En ese sentido, pareciera que no hay nada nuevo bajo el sol.–

1963

La quema del Mesón. Velada Escolar en el Salón de Actos. Escuela República de Méjico. Barrio Aranjuez. San José.

En 1963 tuve mi “bautizo” en el escenario. En la Escuela donde estudiaba, se celebró

* Profesor de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica.
Correo electrónico: miguel.rojascostarica@hotmail.com

una actividad cívica en conmemoración de la Campaña Nacional de 1856 - 1857. Me tocó hacer el papel de mensajero y relator, de cómo Juan Santamaría había incendiado el Mesón de Guerra. (Tienda de abarrotes – albergue de la familia de apellido Guerra, en Rivas. Nicaragua). Fue una participación cortísima, de tres líneas, más o menos así: – Juan Santamaría incendió el Mesón y cayó. – Ved las llamas. – ¡Ahí viene don Juanito Mora!... Lo que yo quería era incendiar el Mesón, pero la timidez me quemó las ganas. Le tocó a nuestro compañero Rubén, que sí se las sabía todas y era muy malo jugando fútbol.

1976

Jesucristo carpintero, de Fernando González
Dir. Helena de Crespo
Casa de la Cultura de Cristo Rey y
comunidad aledaña
Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes

1. Por una sandez de la vida y palpitar de la escena, sin ninguna experiencia previa en teatro, absolutamente de nada, fui escogido por intuición y necesidad de la Directora de Escena, para hacer el papel protagónico de un libreto del periodista colombiano Fernando González (su amante y compañero de gastos de apartamento), para la Semana Mayor (Semana Santa). El gran objetivo del proyecto era combatir la delincuencia y problemas de drogas, e inaugurar la Casa de la Cultura de Barrio Cristo Rey, al sur de la capital. Se trataba de una versión moderna, con conciencia social y defensa de los pobres, basada en textos bíblicos del catolicismo judeo – cristiano. El rol protagónico que me asignaron fue el de Jesucristo. Ya muerto Jesucristo, fue cargado en hombros por los apóstoles – pueblo y llevado por las calles para darle divina sepultura e inmediata resurrección. Descalzo y sudoroso, en un barranco polvoriento, en medio de aquella solemnidad y fervor de los espectadores del vecindario, uno de los apóstoles dijo: – A este Cristo le huelen las patas a puro queso. ¡Jueputa más hediondo...! Las carcajadas y chistes de los demás no se hicieron esperar. Y yo, que era el Jesucristo muerto, me tuve que aguantar las ganas.–

2. Ensayábamos en un galerón. En un lapso de cansancio y eternidad, desperté sin saber dónde estaba. Pasaron millonésimas de segundo mientras me ubicaba; claro, – me dije – por las ratas que chillan su carroña, estoy en la Asamblea Legislativa. Pero, ¿qué hago aquí? De inmediato comprendí que nunca se debe olvidar a los pobres, porque son nuestros hermanos del alma.–

3. Durante el tiempo de los ensayos, estudiante y sin un centavo, en un punto de encuentro cuya mezcla era la combinación de buena gente atacada por ratas del vicio y el mundo de las callejuelas de la oscuridad, largo rato se apostó en la entrada un hombre de aspecto miserable y en total abandono. La Directora dijo que no lo sacaran, puesto que la obra era justamente para gente como él. Al visitante le comencé a notar en su mirada cierto brillo de malicia creciente, pero su respeto por los compañeros y el trabajo que hacíamos era de concentración total. Eran cerca de las once de la noche cuando terminó el ensayo. Silencioso como algunas indiscreciones de luz que se colaban por el recinto, nuestro amigo espectador se me acercó finamente, y con sorna de viejo zorro de las calles, extendiendo la mano, me lanzó un punch directo: – Dadle de comer a los pobres, Jesús. Sin entender nada, ninguno de los compañeros tampoco entendió nunca, yo, acto reflejo de hipnotizado, le di lo único que llevaba en el bolsillo... Mi pasaje de medianoche fue una soberbia caminata que todavía llevo pegada al alma con ternura solidaria.–

4. Ya en las calles de Dios, Jesús preso en versión moderna del Barrio Cristo Rey, fue lanzado por una pendiente de mala muerte cuyo tope de camino era el negro arrullo de las aguas negras de una acequia a cielo abierto. La comunidad realmente disfrutaba de la representación, hasta que una voz maldita que nunca después volví a escuchar entre los soldados, apuntó: – Majes, hagámoslo más real. De todas maneras tiene que resucitar. Acto seguido, comenzó la fiesta y el arranque final de mi calvario. Un mes después mi cuerpo estaba en este mundo tiroteado por un sin fin de alegrías propinadas por aquellos fervientes compatriotas que se metieron de lleno en su trabajo de centuriones romanos / soldados de milicia del siglo veinte. Cada uno en su pasión, esos días,

con la suma de sus golpes, los llevo como un tesoro de incienso bendito impregnados de vida artística sensible y espiritual al servicio de los que más necesitan, de nuestras instituciones del Estado y de la fraternidad ciudadana.–

5. En aquel momento, nadie lo creía posible. Una paloma me cuiteó en la nuca y me curtió de ácidos sulfurantes el cuello de mi camisa. Días después se desató una bandada de palomitas que cuitearon a más de uno, con doble cuchara de ano a la señora que juraba y rejuraba que no había ni una paloma en el vecindario. Pues sí las había, muy queridas por sus dueños. Solo que algunas de las simpáticas aves se habían ido a formar casa aparte. Lamentablemente, creo que luego del incidente con la susodicha señora, las exterminaron. Pero digámoslo con destino manifiesto: me iluminaron la vida. Posdata, ahora tengo más cuidado.–

1977

Las noches blancas, de Feodor Dostoiesky
Versión María Bonilla y Stoyan Vladich
Dir. Mohsen Yassen
Teatro Nacional

1. Sinceramente, nunca tuve la brillante idea de ser actor de teatro. Entre otras cosas que no entendía, soñaba con ser dramaturgo famoso. Creo que fue Stoyan Vladich, mi profesor de expresión corporal, a quien se le ocurrió lo contrario entre 1976 - 1977. Mi participación en “Las noches blancas” era mínima, lo que algunos llaman “cameo”, pero una vez en el escenario del Teatro Nacional, descubrí que tenía cierto “ángel”; eso no se aprende, se trae y se cultiva. Yo le di ética, honestidad y entrega. Tal actitud me ha traído muchos inconvenientes. También ha sumado el aprecio y respeto de no pocos compañeros.–

2. El personaje que yo interpretaba tenía que usar un bastón con elegancia y encanto, además de eficiencia. El Director ya no sabía qué hacer conmigo, pues no había manera de que lo hiciera bien. Un día antes de comenzar las rutinas

del ensayo, lo vi entretenerse y jugar al actor con el bastón. Mohsen – le dije –, si quiere hago eso en la obra. Y lo hice, luego lo hice divirtiéndome. Mira – agregó con una sonrisota de satisfacción –, eso es lo que te pedí.–

3. El día del estreno de “Las noches blancas”, salió mi foto en la gacetilla del periódico (creo que fue idea de María Bonilla). Mi profesora de actuación, francamente, no me soportaba. Aquel acontecimiento insignificante la tomó por sorpresa. Esa tarde de clase se le salió un leve comentario irónico de trasfondo peyorativo. No soy vengativo, no puedo serlo ni odiar a nadie. Mi fuerza interior en su evolución espiritual es de otras armonías. Sin embargo, no siempre puedo sustraerme de la vida terrena y la dulzura humana por las cosas que nos pasan. Saldé la cuenta de su insidia poco tiempo después, con chisporroteos de dulce paga y determinación – me las iba a pagar –. En el tiempo de los exámenes, para el almuerzo de mediodía con treinta, me bajé una botella de vino tinto con alguna cosilla más. No hubo mucha distancia para digerir los encantos de aquel placer mayúsculo, porque a la una de la tarde ya estábamos en el escenario, con escenas de “Our Town”, de T. Wilder. Disfruté libertino mi nave de flotación; ella se tragó la resaca por adelantado con su vaso de bilis verde tinta. Y es que en eso de los desquites, el imaginario personal hace locuras de repentina y tierna inspiración.–

4. ¡Qué noches más blancas! Yo me sentía en la gloria. Había conquistado el universo. Nada más y nada menos que en el Teatro Nacional. El sueño se había convertido en una posibilidad de realización. De inmediato, comencé a conseguir un trabajo extra, en lo que fuera. Estaba decidido a triunfar... Y así pasó diciembre, bolsillos limpios pero espíritu contento.–

5. Este montaje le dio un vuelco a mi vida; en el camino, se fueron quedando los compañeros genios, y yo, considerado el más malo de la clase, frotaba en mi pecho el masaje de los aplausos como un tintineo celestial de ángeles cotorros que murmuraran... “¡Quién lo iba a creer...!”–

1977

**Lo que somos (El pan nuestro),
de Miguel Rojas
Festival “Grano de Oro”.
Municipalidad de San José
Dir. José Luis Rojas
Parque Nacional. San José**

1. Mi hermano José Luis me propuso que participáramos en el festival de teatro “Grano de Oro”, de la Municipalidad de San José. El premio es malo, – me dijo. Posiblemente sea un desorden, pero si ganáramos, podríamos comprar algunos libros que nos hacen falta. – ¿Vamos, o qué? A la obra le pusimos de título provisional “Lo que somos” y nos inventamos un grupo, cuyo nombre de fantasía era “Grupo Experimental”. Ganamos por mérito propio. Yo no tenía muy claro el “monólogo de la naranja”, así que, subido en un banco, totalmente cagado del susto, expresé a viva voz: – “Naranja, ser naranja entera o ser solo la mitad, ese es un problema de calidad. Pesa la existencia, pesan las naranjas. Naranjas y más naranjas, una naranja podrida se come a las demás. Mi existencia, pobre de naranjas, ya no doy más...” El estreno mundial de la obra (patrimonio de la humanidad) se llevó a cabo en la tarima construida para el desarrollo del festival, en el Parque Nacional de San José. El público estaba eufórico, reía y aplaudía. Entonces vino el silencio... Mi hermano, preocupadísimo de lo que seguía, le gritó al poste del cableado eléctrico: – ¡Se fue la luz! El público, simplemente, se reventó de risa. ¿Por qué? ¡Vaya uno a saber...!–

2. La tarima construida para las representaciones de teatro y otros espectáculos artísticos, tenía muchas rendijas. Previsores de que algo fallara con la luz eléctrica, contratamos sin paga a un compañero para que siguiera el texto y nos “soplara” (apuntar) si algo salía mal. Efectivamente, se fue la luz. Mi hermano – su personaje en el momento más dramático – se ofuscó de tal manera que se le hizo un blanco en la memoria. Así que golpeó con el pie fuertemente, una y otra vez, pero de debajo de la tarima no venía respuesta. Entonces gritó: – “¿Qué pasa por abajo?”. Maje, aguántese un poco

que el foco no quiere encender. – Gritó el otro desde abajo. Varias peripecias, tanto arriba como abajo, lograron solucionar el problema sin que se interrumpiera la función. De repente, debajo de la tarima, frente al público, nuestro compañero sacó la cabeza y gritó: – “¡Maje, no encuentro la página!”–

3. La noche terminó para el festival de teatro después de las once, pues de acuerdo a lo intuido por mi hermano, el desorden pondría su cuota de fanfarria. En esas fechas cercanas a la Navidad, la nostalgia nos abarca el espíritu de niños en cuerpos de adulto. Por lo que cansados, satisfechos del trabajo llevado a escena, pusimos rumbo a nuestra casa. En la esquina más inesperada e inhóspita de aquel sector de la capital, surgió una figura escuálida, con su tristeza de años temporalmente opacada por la expresión de su semblante agradecido, apostado frente a mí, me dio su cigarrillo encendido con lo último del vicio en la boquilla. Ya casi quemante a los labios, dijo: –“¡Qué buena estuvo esa parte! Y respirando suavemente, agregó... “Yo también llevo adentro la naranja de la existencia”. Luego se perdió para siempre en la noche de su nostalgia. Me quedé pensativo un instante de años. Olvidé que me había obsequiado con la colilla encendida de su cigarrillo, de la que pronto quedaron cenizas en el basurero. Del fuego de su intervención inesperada todavía llevo metida hasta el tuétano de mis huesos, aquella figura y su profunda vivencia de revolcado cotidiano sin que a nadie le importe un rábano. Y como él, millones de anonimatos de dolor en todas partes del globo tierra.–

4. Una conocidísima dama que producía programas de televisión para el hogar, algo así como recetas de cocina y tintes para las uñas con chismes de clase alta, me saludó al final de la presentación. Estaba más que contenta. Lo que es la diplomacia, no me ofreció trabajo. Eso sí, sus halagos fueron escuchados varios metros a la redonda. Y después, sí te vi ni me acuerdo...–

5. En ese montaje admiré la imaginación de director de mi hermano José Luis. Es lo que llamamos “teatro pobre”, donde no hay dinero. La ambientación era verosímil con la acción dramática. El Parque Nacional, en San José, donde alguna vez me apreté de besos y pellizcos en la

nalga con una novia furtiva y veleidosa de complicadas siemprevivas, me había visto triunfar. El mismo parque donde quebramos porque el día anterior la había visto con otro. Lo que ella menos imaginó es que yo pasaba por allí a ciertas horas cuando venía de diligencias de servicio social que hice durante varias semanas. Bueno, una de cal y otra de arena – como dicen – para ir moldeando la vida de los golpes imprevistos.

1978

El canto del cisne, de Anton Chejov

Dir. Mohsen Yassen

Teatro Estudiantil Universitario. Bellas

Artes. UCR

1. He aquí que sin escritura ni firma, la sociedad artística con mi hermano José Luis ha dado sus frutos. Mohsen, el director iraquí, ruso, chileno, tico y de cualquier lado donde caiga, de gusto exquisito, lúcido y excelente amigo, ahora era nuestro profesor de actuación. Mi hermano me aventajaba un año de estudios, así que le correspondía el personaje de más calado interior en la pieza “El canto del cisne”, del ruso A. Chéjov. Es una obra para dos personajes masculinos. Mi hermano muy compenetrado, yo, tratando de corregir los defectos obvios de un mal proceso anterior de enseñanza–aprendizaje. Mohsen sudaba la chaqueta para sacar lo mejor de nosotros, dentro de aquellas circunstancias. Específicamente a mí, me puso de trabajo–ejercicio que visualizara y escribiera / dibujara, el ambiente de la obra. Quince días después le llevé la propuesta. Buen trabajo. – Observó contento. El único problema es que como bien sabemos, no hay dinero. Pero tenemos imaginación. – Inquirí. Exacto, me respondió complacido. Apliquémosla. Trabajo de gusto excelente, de calidad impecable, de sencillez absoluta, con sobriedad y riqueza interior en los personajes, lo disfruté de cabo a rabo. De mi propia convicción y de trazos académicos como aquel, tengo presente que al verdadero artista, solo al verdadero, lo salva su integridad, su ética, su estética (incorporada en una conciencia social de servicio a los demás, particularmente a los más necesitados) y su imaginación.–

2. Y entonces, lo inesperado. Llegué muy temprano al escenario. No había ni fantasmas en el chiflón de las cerraduras del viejo teatro. Así que opté por esperar a mis compañeros en medio de aquella soledad. Mientras miraba las butacas, me vi en un hueco negro de tiempos idos; curioso, pero se me aguzaron los sentidos... Sin darme cuenta, me vi hablando en voz alta, me vi fuera de mí y dentro mío. Una terrible sensación de abandono se apoderó de mis entrañas. Recordé años de gloria en el teatro, fracasos incomprensibles y la última función, la despedida. Yo era otro, estaba en personaje de otro siglo... El alma humana era la misma. Pasan los años, los siglos, pasamos nosotros y vienen las canas con su bella notificación de límite inexorable.–

3. Mohsen, querido profesor, jamás olvidaré la borrachera en Junquillal. Terminado el curso, nos fuimos en su volswagen (escarabajo) a playas de Junquillal. La estación inspiraba mesura. Al entrar la noche subyugante, nos emborrachamos hasta siempre de amistad y vodka. Frente al mar, inspirado con la luna, Mohsen comenzó a bailar y cantar en árabe. Una ventisca soplaba y hería nuestros más profundos sentimientos. Indescriptible. Llovía y nos mojábamos entre noche de luna y lluvia de mar brujo. Nos despertamos al amanecer sin haber amanecido. Años más tarde, una compañera de artes plásticas que iba en otro vehículo me mostró un querido tesoro... Imagínenme fotografiado con las pelotas colgando en las marañas del macho al natural, a todo viento. Lo dicho, repito: si conservás la foto, disfrutála, porque aquel viaje solo se vive una vez y para siempre en los bigotes del pícaro gato.–

4. En esa época, mi candor era notorio y las metidas de pata también. Hubo un baile entre compañeros; aproveché para besuquearme con una conocida, un logro de atrevimiento y correspondencia que casi me paraliza el corazón. Eso fue como a las nueve de la noche. A las once, por error abrí la puerta de una habitación creyendo que era el sanitario, pero no, no era el sanitario... Había una cama y un noble caballero bien montado sobre la dama de la historia. A las once con treinta de la noche yo estaba en mi casa. Dicen que la fiesta acabó como a las dos de la madrugada; para otros cerca de las cinco, antes del alba.

También me contaron que en aquella habitación de mi destino fatal había muchas otras cosas, lo cual me pareció acertado dentro de las cuentas de la normalidad.–

5. Este montaje: fino, de buen gusto y teatral, me vino como anillo al dedo porque me di cuenta del potencial que tenía en el escenario como actor. Era una analogía con la vida del actor, ya era un actor, a pesar de que todavía era estudiante de academia.–

1978

Pluft, el fantasmita, de Clara Machado

Dir. Amanda Romero

Teatro Eugene O'Neill

**Centro Cultural Costarricense–
Norteamericano**

1. En aquellos días, mi hermano José Luis me presentó a una mujer menuda, simpática, apasionada del canto, pero sin escuela ni aire que la hiciera levantar vuelo. Ignoro cómo la conoció mi hermano, nunca se lo pregunté ni tampoco me interesó. Era mi esposa, la que falleció el 6 de agosto, 2001. Al principio sintió curiosidad porque no entendía que yo supiera de “musicales”. Es que en la pobreza de mi familia, mi madre cantaba hasta en los silencios, – le musité un día. Sí. – Contestó de inmediato. Solo que el escandaloso sos vos. Luego trabajamos juntos en la obra de teatro infantil con juegos, bailes y cantos...“Pluft, el fantasmita” de la brasileña Clara Machado. En una de las funciones no salió del baúl donde solía dormir su personaje. En medio del nerviosismo de los actores, se levantó la tapa y bostezando más de la cuenta en su personaje, expresó: – ¿Dónde queda el baño? Se había descuidado unos segundos de eternidad. Tiempo después le pregunté que qué le había pasado. A lo que divertida contestó... – “Me acordé que estábamos en función. Olvidé lo que tenía que decir. Levanté la tapa del baúl y mientras bostezaba, vi tu cara de – “¿qué pasó?” Lo único que se me vino a la cabeza fue repetir la frase que dijiste cuando nos presentaron la primera vez... “¿Dónde queda el baño?”–

2. Alguien del elenco era uno de los amantes de alguien del grupo más amplio. Una tarde de

impulso angelical se lo dije para que abriera los ojos y dejara de ilusionarse tanto. No te preocupés. – Me contestó lo más fresco. Yo salgo con su marido. Es vegetariano y le gustan los panoramas integrales.–

3. Siempre que se da la última función de una obra bulle cierta nostalgia que nos recuerda lo efímero de la escena... Hay amores, odios imposibles de vencer. Dicen que hay una fuerza inexplicable que une y separa, enamorándonos aún más allá de la muerte, para ejemplo de los condenados en su propio infierno... Una vela en la oscura inmensidad de almas en pena viviendo al día con su enorme tristeza disfrazada de felicidad.–

4. La pasamos bien. Regla número uno: el teatro no es para sufrir. Regla número dos: el teatro no es para aburrir al público. Regla número tres: con el teatro no hay prisa en llegar a ninguna parte más que al corazón del público.–

5. Años después, con una espina atravesada por siempre en la garganta de mi sentimiento, recordaría yo a quien me pagó el favor con su traición. Y se decía excelente amigo.–

1979

Trazos de comunicación, de Creación Colectiva

Dir. Luis Carlos Vázquez

Teatro Eugene O'Neill

**Centro Cultural Costarricense–
Norteamericano**

1. Justo una semana antes del estreno, a las tres de la tarde, al cruzar la zona de seguridad del Centro Comercial de Guadalupe, el conductor de un automóvil irrespetó la señal y para que no me atropellara, me lanzó como un portero de fútbol, solo que al caño. En aquella oportunidad tuve ojo de águila y anoté el número de la placa del auto. La Delegación policial más cercana era la que quedaba a cien metros de mi casa, contiguo a la fábrica de Coca Cola en Calle Blancos. Acudí de inmediato, puse el parte correspondiente con lujo de detalles. “Nosotros nos encargamos”, – me dijo el Teniente Ulate –. Un hombre, por cierto, bien plantado, con el uniforme impecablemente

limpio y atento. La cosa parecía ir en dirección a la captura de aquel irresponsable asesino de las calles. “Véngase dentro de una semana”, – acotó el Teniente Ulate. Regresé a la semana siguiente. Eran las tres de la tarde, el estreno de la obra era a las ocho de la noche en el Centro Cultural. Muy educado, pregunté por mi caso. Repregunté una y mil putas veces de la manera más educada, tragándome aquellos instantes de surrealismo burocrático. Ningún oficial sabía nada, no había nada anotado en ninguna parte. No se había hecho ninguna averiguación de nada. El oficial revisó, con infinita eficiencia, libros, notas, denuncias, y hasta corroboró por el radiocomunicador con otras instancias afines. Entonces, optó por consultar con el Teniente Ulate. De la oficina aledaña, se oyó el rugir de una silla encabritada. Con la serenidad de un dios pasado de moda, salió el Teniente Ulate. “¿Es usted el quejoso”, – me preguntó. Señor, le dije. Usted fue quien me indicó que regresara en ocho días para enviar el caso a lo judicial. ¡Cabo!, – ordenó el Teniente Ulate. El sujeto queda detenido para que no se pierda ninguna evidencia. Y agréguele el cargo de irrespeto a la Autoridad. ¡La puta madre que lo parió!, expresé para mis adentros. Me voy, – dijo el Teniente Ulate –. El lunes a primera hora hay que pasarlo al Juzgado de Guadalupe. Pero, Señor, le dije, hoy en la noche tengo estreno en el teatro. Cabo, lo mete en el calabozo del fondo, para que aprenda a moderarse, – agregó finalmente el Teniente Ulate. Y allá fui a dar con todas mis humanidades bajas, sin entender nada de aquella pesadilla.–

2. Conchita, la señora que vendía empanadas, siempre agradecida porque mi madre le ponía inyecciones gratis, me había visto entrar a la Delegación de Policía, pero no salir. Eso no era posible en los Rojas, – me diría más tarde. Así que le avisó a mi madre y de ahí en adelante, aparecieron mis compañeros Manuel Ruiz y Mercedes Ramírez con no sé quien más. Parece que todo medio se arregló – ellos cuentan su parte – y esa noche hubo estreno, muy a pesar de las negras intenciones del Teniente Ulate y su alma recontraputa desalmada. El asunto es que mientras estaba en la celda, tenía que hacer algo de acuerdo a la situación. Miguel – me dije –,

tenés que saber ubicarte. Así que fui lo más natural y espontáneo posible. Chillé a todo volumen con coplas y burlas impensables para un muchacho decente y educado. Confieso que apliqué una desafortunada disciplina. Para ayudarme, oriné pared por pared cuanto pude. Nunca imaginé que la cólera tuviera tantos orines de reserva. Abrí la llave del agua que había en el siniestro internado forzoso y la dejé correr hasta que el chorro llamara la atención del Cabo. ¡Milagro! El Teniente asomó su furia de caco uniformado, se aguantó las ganas de decir algo, dio media vuelta y giró la orden al Cabo... “Reporte la fuga de agua por tubería sin mantenimiento”. Entonces, di mi clase magistral de primate urbano. Me colgué en la puerta de la celda hecha de barrotes de hierro corrugado, y en aquella telaraña de monstruosidades de la cultura universal, haciendo muecas de chimpancé con parodias de policía, creo que me encontró Manuel Ruiz cuando llegaron por mi corpus de sexo bendito, siguiente paso de descenso en mi escalada de ingenios mata policías. Ahí comenzó mi debut en el Grupo de Teatro Tierranegra.–

3. Juré que me vengaría. Y era fama que los Rojas tenían palabra y la cumplían. Años más tarde, en un autobús de la línea Ipís de Guadalupe, hecho una piltrafa humana, vi al Teniente Ulate. Estaba a mi lado. Unos minutos más tarde tomé distancia y lo miré detenidamente, tratando de esculcar su destino. ¡Qué lección de la vida y de los engranajes de Dios! En lo futuro, aún en las peores traiciones y adversidades, trato de ser el árbol de vida espiritual que mis abuelos, tíos y padres hicieron florecer en mí: el mal que te hicieron no lo devuelvas nunca con otro mal.–

4. Ese montaje me dejó un profundo dolor en las nalgas. Declaro que ningún compañero fue responsable de los tachuelones donde me sentí con todo mi peso corporal a descansar. ¡Qué dolor más puntiagudo! Resultó que por no haber hecho mi tarea de reconocimiento antes de comenzar el descanso no ganado, algún duende quiso que lo recordara con el cariño de su laboriosidad.–

5. En una de las funciones me desconcentré –no hay otra explicación– y di un mal brinco que me lesionó bastante el tarso del pie derecho. Nunca dije nada, hasta ahora. Terminé la función

y la temporada como pude, a fuerza de espíritu. El tratamiento del pie fue más largo que la temporada; previamente me había asegurado de no poner en riesgo a ninguno de mis compañeros. Por nada del mundo me hubiera gustado perder la experiencia vivida en todo el proceso, de principio a fin, de TRAZOS DE COMUNICACIÓN. Los detalles son muy largos de contar y se han visto en las cosas buenas que hice posteriormente como actor y hombre de teatro.–

1979

Cuando la luna se durmió, de Eugenia Chaverri

Basada en el cuento “El hombre que se robó el sol y la luna”, del colombiano Carlos José Reyes.

Dirección Eugenia Chaverri

Teatro Nacional, Teatro Carpo, Teatro de Bellas Artes (UCR)

Nota: “Esta pieza está basada en una obra de Carlos José Reyes, autor colombiano ya mencionado, tuvo una primera versión hecha por Eugenia Chaverri, quién comenzó dirigiendo el espectáculo. Sin embargo, por diversas razones ella abandonó la puesta, entonces, la pieza fue re–escrita por Manuel Ruiz, ayudado por Miguel Rojas, terminando de ser girigida en forma colectiva, siendo el responsable de la realización el compañero Alejandro Tossatti. Esta obra, montada en 1979, tuvo un éxito extraordinario en nuestro país, y con ellas recorrimos ciudades, pueblos, parques, plazas, viajando a infinidad de lugares de difícil acceso como Tortuguero. Una vez caído Somoza, viajamos a Nicaragua entre agosto y septiembre de ese año, recorriendo casi todo el destrozado país, presentándonos generalmente en los atrios de las iglesias, en Monimbó, Ciudad Sandino, aporte más importante y significativo en el teatro para niños. En 1980 se hizo la puesta en escena de la obra de Miguel Rojas, NIÑO OJOS DE ESTRELLA, presentándose en el teatro de la Compañía Nacional de Teatro y en giras a una enorme cantidad de escuelas y jardines de niños. Con esta obra se hizo una larga temporada en el Teatro del Museo Histórico Juan

Santamaría en Alajuela. Finalmente, entre 1980 y 1981, hicimos un re–montaje de CUANDO LA LUNA SE DURMIÓ, con algunas variaciones del texto, dirigida por Manuel Ruíz y apareciendo con el nombre de EL DÍA QUE LA LUNA SE DURMIÓ. Esta segunda versión, no alcanzó el éxito de la primera, haciéndose solamente una pequeña temporada en sala y unas cuantas funciones de gira. Con esta obra terminó el trabajo de TIERRA NEGRA dentro del teatro para niños”.

FUENTE: Tosatti, Alejandro y Ruiz, Manuel. TIERRANEGRA y el teatro en Costa Rica. En: Revista ESCENA. N° 26. Universidad de Costa Rica. 1990.

1. Ser “malo” es un estado del alma en el cuerpo que acoge su presencia. Hacer de malo es algo distinto, cuesta. Sin embargo, entre los actores de teatro hay cierta fascinación por hacer de malos, papeles que se asumen con gran seriedad y una cierta dosis de amor por esos signos de anti – valor. A mí me tocó un pedazo de maldad en la sugerente narración de Reyes. Ya en acción sobre la escena, como malos, hay que jugar de acuerdo a la circunstancia del público infantil, con lo que cierto día me vi en la línea sin trazo que separa el acto consciente de lo bueno y lo peor. Uno de los espectadores infantiles, calladito y poca cosa, había visto la obra por lo menos tres veces, hasta que se produjo la explosión: con inocencia irreverente contó la obra al público como a los cinco minutos de haberse iniciado la función. Los demás chiquillos lo aplaudieron. En lo personal, yo tenía cara de tonto y un poquito de sangre en el ojo, especialmente mi ojo de malo. Acto seguido, aquella inesperada intervención propuso un esquema distinto, al que por supuesto, fuimos dándole curso. Maravilla de maravillas, terminamos con el final regular de la obra. Todos contentos y a la casa.–

2. De lo que casi nunca se deja constancia es de la cadena de furcios (errores de texto que comete el actor de manera involuntaria), como por ejemplo, el día que uno de los compañeros se equivocó en un texto, trató de corregir y provocó un error más obvio. Al mismo tiempo,

solidariamente, otro compañero quiso ayudar y enredó la cosa peor, cadena de furcios, gestos y movimientos escénicos que nos envolvió a todos, sin excepción; una función de equívocos. Algunos concluyen que se trata de pura y simple desconcentración del actor; otros no: es el duende de la escena que hace la travesura para divertirse a costa del personaje y del actor. En el arte del teatro, digo yo, todos jugamos y tenemos un espacio para la imaginación, como la mano blanca que sutilmente mueve los hilos y conecta viejas y nuevas camaraderías.–

3. Cada obra es un retorno al círculo de aprendizaje sobre la condición humana. El hombre maltrata y envilece constantemente su inocencia. Hay acontecimientos revolucionarios, parecidos al niño que me saludó meses después y me reclamó que yo (el personaje) era bueno y no tenía por qué convertirme en malo. Su sonrisa de desahogo y satisfacción me iluminó esa lámpara que nos recuerda... los niños, cuando son niños de verdad, van adelante.–

4. Cuesta hacer papeles de malo, pero se disfrutan mucho. Uno les pone mucha picardía cuando tienen un tinte bufo.–

5. – Señor roba tierras –, me dijo un niño directamente a mí. Por supuesto, se refería al personaje que yo interpretaba en la obra. ¿Qué se siente ser un ladrón que roba a los pobres? Con eso lo dijo todo. Sin embargo, he reconocido a muchos señores y señoras de muy buen corte social; les importa un carajo lo que piensen los demás – eso incluye niños – siempre y cuando mantengan el dinero en su poder, exactamente igual a la madre que acompañaba al niño del relato que aquí queda.–

1979

**Las Pistolas de Pedro Navaja, Café Concert de Varios Autores
Dir. Luis Carlos Vázquez
Barra La Araucaria (San Pedro) y Teatro Arlequín**

1. Un espectáculo como pocos. En uno de los segmentos interpreté, a modo de parodia, a Carmen Miranda, la brasileña cabaretera con su

cesta de frutas en la cabeza, cuya muerte ocurrió en 1955. Con Roxana Campos tenía una escena de “La cantante calva” de E. Ionesco. La escena nunca falló y tuvo impacto en el público. El secreto fue que no hicimos nada, eso provocaba la risa espontánea y continuada de los espectadores. Una noche, el público estaba realmente alborotado. Yo estaba pálido, Roxana impecablemente sobria. La verdad vengo a contarla aquí: me estaba orinando y tenía un vello testicular estirándome la piel de su enojo. Mientras tanto, la gente reía y reía a reventar. No sé si se orinaron, pero sí sé que yo derramé algunas lagrimitas.–

2. Un lunes en la tarde, cerca del Correo Central de San José, me paró cierto sujeto de mediana edad, con evidente desesperación en sus partes medias, pues se tocó la cosa reproductora sin ninguna cortesía para los transeúntes. Ladino, pero respetuoso conmigo, me dijo susurrante: – Ustedes sí que se la tiran rico en esa obra de “pedro navaja”. A veces, – le contesté. Bueno, pero es que esa hembra tiene para todos y todavía le sobra. – Acotó. (Se refería a los frondosos senos de una compañera actriz). Me sentí agredido y molesto, pero pudo más la chispa interior. Así que como en una especie de secreto para dos, le piqué la horda libidinosa: – ¿Sabe qué? En la función de mañana salimos en pelota a precios rebajados. – Con un guiño, capté su morbo atormentado. Y me fui. La temporada había terminado justo el día domingo.–

3. No siempre pasa, pero se dan casos. Tenía una novia – amante (luego esposa) que no hablaba bien español. Tardísimo. La función en Alajuela. Al borde del colapso nervioso, sin otra alternativa que la de un transporte privado, la llamé por teléfono y en una microdécima de segundo, le expliqué. Mi amor, son las dos de la madrugada, – me dijo dormida. Tampoco se planearon nunca funciones en Alajuela. ¡Increíble!–

4. Este “café concert” sí era un espectáculo para todos, alegre, reflexivo, lanzado a entretener con la mejor fisga del orbe. Nos divertíamos haciéndolo y veíamos el efecto en el espectador, por lo que recibíamos muchas invitaciones extra teatro. Un caballero esperó mi salida para invitarme a salir y tomar una copa. Le di las gracias por su generosidad, pero le señalé a un joven

estudiante de teatro, mucho músculo y presencia de todo con todas las bolas. Es mi novio, – le dije cortésmente. Y agregué: – Dejémoslo para el próximo “café gourmet”. Chao. Mi querido salvavidas me presentó a su novia, y cada quien por su lado. Ocurre que cierta gente no distingue la vida escénica de la vida real de cada uno. O quizá, algunos de la escena no separan su vida de personaje de ficción con la de sus vidas. Cada cosa en su lugar y cada uno en lo suyo, digo yo. Pero conmigo, las hormonas son de hombre. Y pare de contar.–

5. Mi compañera Roxana es una persona exquisita, algunos dicen que frondosa de ciertos encantos femeninos. Como parte de la inter – acción con el público, se le sentaba muy ligeramente en los regazos a alguien que escogía de improviso. Lo hizo con un joven apenas cumplida la mayoría de edad – calculamos –. Como el joven regresaba una y otra vez y se sentaba en la misma butaca, nos dimos en contar diecisiete veces. Él disfrutaba, nosotros agradecemos a nuestros lectores – espectadores su presencia física en el teatro. No solo porque paguen su entrada, sino por el sentido que tiene de servir y ser servido, con dicha y regocijo.–

1979

Historia del zoológico, de Edward Albee
Dir. Manuel Ruiz
Bellas Artes. UCR y Teatro Arlequín

1. Esta obra es especial para mí. Me la imaginé en el viejo Parque Nacional de San José, con cierta vista al sur-oeste. Mientras estudiaba imágenes e impresiones para profundizar la psicología del personaje en su conducta social. Ido de mí, un hermoso perrito “Firifi” de colochos, aprovechó para orinarme profusamente el pantalón. Volví al mundo real, pero cuando vi quien era la dueña, tranquilé los instintos al quererle hacer lo mismo a ella, solo que le dije ¡rica!... con la mirada. Realidades que matan de olor.–

2. El ensayo general tuvo la visita de un gato casero. Hermoso minino que se comió el pollo de mi emparedado mientras corríamos la obra. Años después alguien me contó que un

perro callejero se lo había comido a él. Espero que no sea cierto. La venganza nunca es buena consejera.–

3. Le dije a mi compañero Juan que en la escena del suicidio de mi personaje, si se descuidaba íbamos a tener una tragedia. El puñal era de verdad y muy filoso. Lo tengo controlado, – me dijo. Y ¡flas! Me lancé sobre aquella espeluznante cercanía. Un instante bastó para que pensara en mi familia. Él fue preciso al controlar el arma. Impecable susto el mío, pero trabajo es trabajo, a veces un juego de vida y muerte. En la ficción del teatro los muertos se levantan y saludan al público. El alma sigue con nosotros y nosotros con ustedes.–

4. Siempre agradezco un sincero comentario. Pepe Vázquez, actor uruguayo quien residiera muchos años en Costa Rica y luego regresara a su país natal, se me acercó pausado, me palmetó en el hombro y dijo: – Buen trabajo. El tuyo, sobre todo. La muerte estuvo bien, pero si hubieras dejado que fluyera suavemente lo interno del personaje, el cierre habría sido mucho mejor. Eso se llama – digo yo – un buen consejo de colegas igualados. Aprendí mucho de Pepe. Dios lo tenga en su gloria. Esa noche dormí feliz.–

5. Uno aprende y se renueva de las observaciones y meditar más simples. El arte del teatro crea. La vida en el arte crea. Se destruye solo para crear mejores logros. Con mi participación en esta obra di un salto cualitativo que no me permitiría volver atrás. Así ha sido.–

1980 - 1981

El día que la luna se durmió
Versión de Manuel Ruiz y Miguel Rojas,
basada en “Cuando la luna se durmió”,
de Eugenia Chaverri; a su vez, versión del
cuento “El hombre que se robó el sol y la
luna”, del colombiano Carlos Reyes.

Dir. Manuel Ruiz
Teatro Nacional – Teatro Universitario –
Comunidades

1. Rehicimos la obra. Había tres ladrones que se robaban la luna. Durante la función, un niño espectador hizo el siguiente comentario:

Ustedes sí que son tontos, los ladrones roban bancos. A lo que repliqué: – Nosotros robamos lunas. Somos del futuro.–

2. En una función al aire libre, no sé qué asunto misterioso hubo para que una dulce abejita me pinchara la nariz. Me dolió y hasta derramé varias lágrimas. Algunos niños se dieron cuenta y se divertían. ¡Qué bálsamo para el espíritu!–

3. En una función dominical, esperábamos malhumorados. Uno de los compañeros estaba ausente. Imposible dar función. Eran las once y treinta de la mañana. Media hora de retraso. Padres impacientes, niños desesperados e inquietos, hasta que tomamos la decisión de suspender, explicándole al público la falta del compañero sin que supiéramos el por qué.–

Los padres nos interpelaron diciendo que ellos entendían, pero que cómo se lo iban a explicar a los niños. Así que teníamos que dar la función. Pedimos cinco minutos para hacer arreglos y ajustes a la obra. Justo cuando íbamos a comenzar, la puerta de entrada a la sala recibió del exterior tres golpes marcados. Abrimos. Era el compañero. Furioso, nos espetó: – ¡Qué sucios, iban a comenzar sin mí! Las palabras sobran... Dimos una excelente función. En lo futuro, traté de no estar en ningún elenco donde dicho sujeto apareciera, hasta la separación cuerpo – alma ocurrida en el año 2002 de aquella bochornosa conducta.–

4. Dicho y hecho, teníamos que conectar nuestra inteligencia con un sentido de alerta constante. Los niños se divertían y hacían de las suyas con nosotros, engañándonos unas veces, ayudándonos en otras. Siempre di gracias a Dios por esa experiencia de limpieza y espontaneidad al compartir con niños, de tal manera que cuando se nos acercaban a estrecharnos la mano o a preguntar secretos de la luna, el alma – al menos la mía – se henchía de gozo interior.–

5. Los tres ladrones trabajábamos descalzos, detalle que observó uno de los niños espectadores. Lo que quieren es no hacer ruido, – dijo como pensando en voz alta – pero están dejando las huellas de los dedos en el piso y con eso los van a agarrar.–

1980

NINO ojos de estrella (David y su flautín), de Miguel Rojas

Dir. Luis Carlos Vázquez

Teatro Carpa y Teatro de Bellas Artes. UCR

1. Para el personaje del zorro que yo interpretaba se fabricó una máscara especial, por lo demás, hermosa y elegante en concordancia con el traje del astuto caballero. El arte de dominarla e integrarla con naturalidad al personaje, en ese caso yo, requería de mucho ensayo, hasta que lo logré. Ocurrió que en una de las funciones una de las baterías de la barra de luces cambió de ángulo. El rayo penetró en mis ojos, dejándome ciego. El resto de la escena la hice a tientas, guiándome por las voces de los compañeros, sonidos y rutina de trabajo muy bien aprendida durante los ensayos; el plano geométrico del escenario en mi cabeza orientó, matemáticamente, mis pies.–

2. Al final de la función, durante el saludo, me quitaba la máscara de zorro. En uno de esos días de inspiración infantil, uno de los niños me dijo: – Señor Zorro, usted no me gusta. Pero el otro sí. (Se refería a Miguel Rojas, el actor). Si quiere le doy unas ideas para que no lo engañen la próxima vez. Y con gran alegría, me tendió la mano y nos dimos un caluroso saludo de amigos.–

3. ¡Las cosas que le pasan a uno...! Cierta mañana de verano desperté con la idea fija de que algo raro me pasaba. Hasta que di en el clavo: me veía metido dentro de un traje con hocico de zorro. ¿Y ahora qué hago? – Me pregunté. En eso timbró el reloj despertador y todo se aclaró.–

4. Gracias a la inteligencia artística del Director Luis Carlos, se pudo llevar a escena la obra. Con el mínimo de dinero para producirla, tuvimos una maravillosa temporada de imaginación. Eso se llama hermandad artística. Por nuestras obras dejamos herencia en los corazones de la colectividad.–

5. Cierta mañana en el domingo de la última función, miré al amor de mi vida y un sentimiento me desgarró la ilusión de prolongada

felicidad. Los pronósticos, o premoniciones como en este caso, son dulce aliño de golosinas cuando la tragedia pinta con nuestra sangre y miseria humana lo único que no podemos controlar en los vínculos etéreos del otro, la voluntad de cada uno es como un péndulo expuesto a sacrificar lo que más queremos. Nunca he dudado en el trazo de las prioridades.–

1980

Historias con cárcel, de Osvaldo Dragún

Dir. Luis Carlos Vázquez

Teatro Arlequín

1. Sin ofender a nadie, esta obra es un panfleto, pero como bien sabemos, el teatro en su democracia, tiene de todo. Entre otros papeles, me tocó interpretar el de un falso testigo. Se unieron las partes corporales, verbales y gestuales para que apareciera una especie de degenerado. Hasta babas me salían, algo repugnante. Lo cierto es que para mi estudio de personaje me basé en la facha de un diputado y en la moral de algunos otros políticos. Coincidencia, ¿no?–

2. A veces, la gente lo reconoce a uno, puede ser en un mercado, en el bus o simplemente en el anonimato de la calle. ¡Baboso! – Eso fue lo que escuché sin que pudiera ubicar la procedencia de la voz. Así que respondí con un gesto corporal displicente. ¡Muy bueno, diez puntos! – Volví a escuchar. Gracias. – Respondí. Me sentí muy contento. Alguien, totalmente desconocido, reconoció la calidad de mi trabajo como actor y la calificó excelente. No puedo dar detalles. Quienquiera que haya sido, gracias.–

3. Eran tiempos difíciles para mí, secreto de tumba. Vendrían alegrías y demasiados sinsabores. Un niño misérrimo, de los que ilustran la injusticia social de la ciudad, me iluminó con su sonrisa en medio de tanto desamparo. Dios bendiga a ese niño que me dio bríos para mirar de frente el durísimo destino adverso que me esperaba. Decidí seguir adelante... y sigo adelante como un titán, tratando de adquirir sabiduría cada día que pasa. Por favor, una oración para los niños que deambulan por las calles. Que Dios se los pague.–

4. El día del estreno se me hundió el pantalón en el corredor del trasero. ¡Qué angustia...! El personaje estaba tieso, yo pálido. El público intrigado por tan extraña conducta, pero fascinante. Me dieron unos aplausos. El pantalón no volvió a hacer de las suyas porque lo metí en cintura.–

5. Definitivamente, uno puede hacer de tripas chorizo. Este montaje fue una lección de obras que no se deberían llevar a escena. Hay ciertos contextos que no calzan; el momento pide, uno responde, el público está en otra parte. A pesar de todo, no nos fue mal. Y a lo que sigue.–

1980

La Loca de Chaillot, Jean Giroudoux

Dir. Daniel Gallegos

Teatro Nacional

1. Entre otras cosas, hacía de camarero. Francamente, me divertía. Supongo que mis graciosos compañeros mezclaron alguna travesura en la bebida que yo debía servir. Los dos compañeros víctimas de aquel sabor a pedo me reclamaron airadamente fuera de escena, con toda la razón y derecho. Me disculpé con ambos lo mejor que pude, pero me quedó espina en el ojo. Con esas cosas no juego. En el transcurso de la temporada logré averiguar quien lo había hecho. Hice justicia finamente, pero con determinación. Ese sujeto dio unos aletazos más en otro montaje y clavó el pico de su sepultura teatral.–

2. Hay seres de seres. Un querido colega se la pasaba haciendo presupuestos y sacando cuentas de lo que se podría ganar en tales o cuales circunstancias de producción. En virtud de aquella contabilidad que provocaba desconcentración en otros actores, uno de los tramoyistas tuvo la genial idea de cambiarlo a otro camerino que no tenía sonido desde el escenario, medio por el cual, uno podía seguir la acción y estar listo para entrar a escena. Esto quedó listo para el día siguiente. Y funcionó. Hundido en sus numeritos, no se percató de la situación y los otros actores lo habían dejado para cumplir sus obligaciones. Pero no solo eso. Alguien cerró la puerta con llave, desde afuera. No pudo salir. Cuando por fin le abrieron, su enojo era bestial. ¿Quién fue

el ¡Hpta! que cerró la puerta? Nadie sabía nada. Atónito, uno de los cómplices, gritó: ¡Eso no se le hace a un actor! Entonces, de la parte de abajo del piso del Teatro Nacional, una voz respondió el llamado: – ¡Esa puerta la cerró Carlos ayer porque la tienen reservada para no sé qué de no sé quién que viene y no sé qué más cosas...! ¡No se metan ahí, si la Jefe se da cuenta, los caga a todos! Y, ¿dónde está Carlos? – Preguntó más airado el amigo contabilista. ¡Ayer salió a vacaciones! – Contestaron de abajo.–

3. Cerca de finalizar la temporada, el compañero que tocaba el acordeón y yo terminábamos subidos en una enorme tarima. Se cierra el telón. Aplausos. Momento delirante, el público satisfecho. ¿Y nosotros? Medios colgados. La mole se había despegado de su amarra principal y aquello se mecía con intenciones de fracturarnos los dientes y caer encima de la audiencia. Fue uno de los tramoyistas, quien tardíamente se dio cuenta y como pata de viejo zorro en esas lides, logró enganchar uno de los parales (soportes) cerró definitivamente y nosotros recobramos el color con aire nuevo en los pulmones.–

4. Justo al entrar al camerino para el instante del adiós a la temporada, nos percatamos que en el espejo había una frase escrita con lápiz labial de intenso rojo de amor... ¡LOS AMO A TODOS! ¿Quién la escribió? Misterios del anonimato.

5. Justo antes de irnos y cerrar la puerta del camerino, la frase en la pizarra que se había convertido el espejo, ahora decía... ¡YO TAMBIÉN AMO, PERO A UNO DE USTEDES! ¿Quién era el dichoso? Misterios del silencio metido en el armario de las hormonas.

1980 - 1981

Los bajos fondos, de Máximo Gorky

Dir. Remberto Chaves

Compañía Nacional de Teatro

1. Entré a escena. No sé por qué, había un ambiente raro. El personaje con quien tenía los diálogos y cierto altercado no apareció. Hice lo que tenía que hacer y me dispuse a salir con exactitud. El compañero que no había entrado

a escena, de repente, apareció en lo alto de las escaleras. Inteligentemente, al encontrarse frente a mí, hizo un gesto de rechazo y salió violentamente. Justo lo que la lógica de la escena pedía. Yo, simplemente, salí, con el cinismo del explotador de pobres que representaba mi personaje. En el intermedio, gozamos de nuestras cosas, tantas que pasan a hurtadillas del espectador.–

2. En el patio, el personaje que interpretaba Mariano González tenía que darme un fuerte golpe en la cara, asalto mortal que terminaba con la vida de mi personaje. Así ocurrió, solo que casi con realismo insólito. En el cambio de escena, el actor del caso se olvidó de quitar la banca oculta detrás del tendedero de ropa, y yo, pegué la cara. Cinco fracturas que me aguantó para otro tipo de relato. Valorado luego por el Dr. J. Salazar (ORL), semanas después me operó con gran éxito. Llegué a la casa, le advertí a mi Tía Consuelo que no abriera la puerta del cuarto sin llamar previamente. Llegué a las diez de la mañana, dormí hasta las dos de la tarde. Me levanté con intención de ir al baño, pero ¡prack!, mi querida Tía, con su especial cariño quería saber si yo estaba bien, olvidó el consejo y abrió la puerta del cuarto. Mi nariz se despegó y caí en EMERGENCIAS. Curiosamente, el mismo DOC estaba en ciertas diligencias y al verme recordó la difícil intervención quirúrgica que había tenido conmigo. Lo vi y lo sentí desilusionado. De inmediato me metió a un consultorio, me sentó, con un paño sobre mi rostro, hizo lo suyo sin contemplaciones y me acomodó la nariz, moldeándola como un escultor, mientras yo agriamente pensaba en las ironías del destino aciago.–

3. En la temporada de “Los bajos fondos”, se dio función completa para un solitario espectador. Yo nunca he tenido problema con eso. Para consuelo de otros compañeros, alguien contó un caso similar, solo que el espectador se fue en el intermedio. No faltó quien supusiera un extravío en laberintos de papel higiénico. Conjeturas, por supuesto.–

4. De los tres miembros del jurado de premios nacionales en el ramo, todos intelectuales del más alto orden y respeto nacional, uno estaba en otra cosa, otro se la pasó viajando por el extranjero; el tercero se fue en el intermedio. Cuentan

las malas lenguas que tuvieron una fuerte y larga discusión de trabajo sobre qué se podía premiar de tan importante montaje. Moraleja: quien trabaja para un jurado... saque conclusiones...-

5. Durante uno de los ensayos, un joven actor expresó algo así como que muchos de los actores tenían el cerebro lleno de grasa... Interesante, ¿no?

1981

**La zapatera prodigiosa,
de Federico García Lorca
Dir. Luis Carlos Vázquez
Teatro Nacional y Teatro Universitario. UCR**

1. Había escuchado historias de lances amorosos entre bastidores, nada nuevo en este mundo. Ese día específico, no sé por qué, se me ocurrió madrugar. Entré al baño, recogí el sombrero negro de mi vestuario y... recuerdo unos latidos palpitantes de infarto. Por aquello de los ladrones furtivos y la seguridad ciudadana enjaulada, eché un vistazo y logré notorias impresiones visuales. Como la cosa no era conmigo, seguí en lo que me correspondía. Salí con discreción, pero al cerrar la puerta detrás de mí, escuché un estruendo furioso que movió carnes al rojo vivo. Luego vino la calma y parte sin novedad. A veces me da por filosofar en aquello de que, por uno que madruga, otro que no descansa.-

2. En el umbral de una gripe que se anunciaba furiosa, cargué mi termo con chocolate hirviendo y me fui al teatro. Nada mejor que unos buenos buches de tan exquisita bebida para disminuir los espasmos del frío interior. Entré al camerino, dejé mis tiliches y fui a saludar caras conocidas en otra sección del teatro. A mi regreso, tuve la ocurrente necesidad de sorber mi chocolatito. ¡Demonios! ¿Quién se abusó de mi termo sin permiso? Ni una voz de aliento. Parecía que preparaba una escena de fuertes acentos dramáticos. Así que me callé y de un tiro directo al gaznate, acabé con el resto de la bebida. Cuando llegué a mi casa, todavía molesto por aquel incidente de manos de seda, aprendí la lección inolvidable, el termo había desaparecido, hasta los tiempos presentes. Si alguien lo ve, es

de color negro, alto y espigado con cuello color plata, Made in Germany. Se ofrece recompensa. No se harán preguntas.-

3. Cuento la cosa como la vi. Un compañero hacía el papel del Alcalde. Esto significa que su presencia en escena era centro de atención obligatoria para los presentes. Yo estaba a su lado y era parte de aquel vivaz marco de referencia. Dio la casualidad... En el momento más serio, el público se deleitaba cómplicemente con una risita escamosa. Los otros actores en escena comenzaron su mueca de incredulidad hasta que la cosa reventó en risas con el Alcalde. Éste no se daba por enterado que sobre su sombrero tricornio, en la punta de su autoridad, una enorme cucaracha movía las dos antenas de su inteligencia milenaria para delicia de todos. Me confieso, alcé la mirada y vi aquella escena fuera de libreto y ensayo. Puse cara de idiota, el público se carcajeó y yo más idiota. Si no lo hacía, se me iba el personaje. El Señor Alcalde, con elegante seguridad de actor en escena, masacró la intromisión.-

4. En una de las entradas a escena, de manera grupal, había canción con palmas, alegres y sonrientes, hasta que uno de nuestros queridos compañeros se tiró un pedo de los que no se aguantan por su hediondez. La canción se fue descarrilando y terminó en narices tapadas.-

5. Dicho sea con cariño, hay personas que no calzan en ningún montaje, pero siempre aparecen con el agua en el vaso con tal de que alguien se fije en ellos. ¿Por qué será? La estructura de la conducta humana es tan compleja que yo no tengo sesos para tanta lata figurativa.-

1981

**Divinas Palabras, de Valle Inclán
Dir. José Tamayo
Teatro Nacional**

1. Coimbra, el perro, era real. Se lo alquilaron a un actor de vocación fugaz. Muy listo el animalito, pronto se percató de las comidas extra. Como una noche no lo complacieron, se largó varios días a las perradas - dicen que a la zona roja -. Luego regresó y mejoró su contrato. En escena era el foco de atención... Lo que

algunos actores no pueden lograr ni con títulos de academia.–

2. Luego del receso de fin de semana, avisé al Jefe de Escena que llegaría tarde por razones de trabajo. Mi vestuario, muy sui generis, casi había desaparecido sin que hubiera responsables; cada uno estaba en lo suyo, actitud creadora. Soy pacifista y solidario. Esos duendes jugueteros que se divierten a costa de nosotros, simples mortales, no me harían cambiar. Pero nadie los mencionó. La semana siguiente hice los arreglos necesarios para entrar desapercibido, armar el mejor vestuario posible para mi personaje y enredar el de algunos. Entonces sí había carreras en el pasadizo. ¡El barullo...! Yo estaba sereno, pacifista y solidario, sentado en una esquina, deleitándome con un delicioso pastelito de fresa. Entonces sí hubo duendes y mil ocurrencias más. Eso sí, de que existen, existen, porque mi vestuario nunca más fue vuelto a tocar. Hasta el día de hoy, se los garantizo.–

3. El último día de la temporada, una curiosa compañera me preguntó si yo creía en duendes. A lo que contesté: – ¡Por supuesto que sí! Tratándose de humanos siempre hay duendes. El problema es que son tira la piedra y esconde la mano, muy escurridizos.–

4. Este montaje fue toda una lección de teatro; vieja escuela, pero efectiva. El director sabía exactamente qué quería y cómo quería lograrlo, de ahí su poca libertad para que el actor creara, ya él lo tenía creado para cada uno, a su estilo. Se memorizó texto, dicho y gestos, mecánicamente. Pero fue un espectacularazo. El público llenó el Teatro Nacional a reventar todas y cada una de las funciones.–

5. Aprendí mucho: lo que se debe hacer y lo que no. El sentido del espectáculo y la fuerza de una tradición llevada a escena con el vigor de una epopeya. Digan lo que digan, hay obras que aburren hasta la eternidad, pero esta era una correntada de humanidades entrelazadas por el destino que creó una comunidad en medio de sus temores religiosos, pero siempre con la lujuria en su plato del día.–

1981

Actor FIGURANTE en la Ópera “Carmen”, de Bisset

Dir. José Tamayo

Teatro Melico Salazar

1. En todo montaje, la figuración es un grupo humano muy especial. Son y no son. Su papel es prescindible, pero a la vez, se requiere de su presencia para ambientar las escenas a tono. En esta ópera los cantantes cantaban y la figuración seguía instrucciones. No había nada específico que hacer, por lo que tuvimos que inventar tareas escénicas de verdad, para no aburrirnos y darle vida a nuestra participación. Se jugó y apostó de verdad. Hubo muchas cosas que de verdad, no puedo contar. Lo mejor de todo, para mí, fue un circulante de chistes de gran factura, creados en camerino y en escena, cuya fisga vernácula de pueblo solo queda escrita en el momento; es y será siempre imperecedera, como el pellizco en la nalga que mi mujer me dio en su camerino de cantante, a mí, humilde figuración.–

2. Dicho en mi camerino:

- a) Artistas, plumero de vanidades.
- b) Imagínese lo.
- c) Sin artistas el mundo tendría más guerras.

3. De algunos, se aprende. De otros, el cariño. De uno mismo, la autoestima. Transcribo la célebre frase escrita en la pared del desafuero... Sanitario recién inaugurado... “Aquí sentados, pantalones abajo, todos somos reyes”. (Anónimo grafiti).–

4. Algunos cantantes se olvidan que no son los únicos en escena, hasta que pierden la peluca. Vi a uno agitado por su peluquín. Cuestiones de calva madre o puta padre porque los demás se dieron cuenta de su falta de pelos.–

5. Algunas estrellas de la ópera tienen tanta carne y sus respectivos rellenos, que me compadecí con humildad de una que jugaba de chiquilla con pelos de grasa hasta en la base de la lengua. De ahí que a veces se ahogaba en la campanilla del tragadero.–

1982

Las tres hermanas, de Anton Chejov.

Dir. Bélgica Castro

Teatro Universitario. UCR

1. La directora nos advirtió amigablemente que no silbáramos en el escenario. Era de mala suerte. Alguien lo hizo en el intermedio y cerca del final de la función se desprendió una aleta del foco de luz la cual pasó casi rozándole la cabeza a un compañero. Dichosamente, la aleta se clavó en el piso. Casi una tragedia. Para evitar que se repitiera la experiencia y realmente pasara una tragedia, se le pidió al encargado de las luces que revisara los soportes y los pasadores. El que creía, no silbaba. El que no, silbaba. Fue una hermosa y muy querida temporada para mí. Silbo cuando se me antoja, con respeto a los demás.–

2. Vestía de traje negro militar, cerrado. Botas negras altas, cerradas. La temperatura elevada por los reflectores de construcción absolutamente artesanal. Un abrigo negro encima, grueso. No había necesidad de ir al gimnasio a perder grasa. Eso sí, había que plantarse firme para no desfallecer.–

3. Durante una escena de gran placer para mi personaje, me desconecté de todo, absolutamente de todo, inclusive de mí mismo. El personaje se relamía en otra dimensión. Instante aquel que instintivamente me regresó a la nave de la escena. Todo actor profesional sabe que ese instante de blanco mental es una eternidad de suplicios para uno mismo y para los demás compañeros. Dichosamente, un gesto peculiar del personaje salvó la situación. Aunque el actor sudara frío el resto de la noche.–

4. Nadie creyó que yo pudiera estar a la altura de los otros compañeros. El ego es un arma terrible y la puse a disposición del personaje que me tocó interpretar. Lo disfruté en grande, particularmente porque hubo una profesora que no creía en mí y siempre consideró mi perfil muy bajo para el teatro. Esa profesora desapareció poco tiempo después, yo seguí; he logrado consolidar un currículo de actor limpio de principio a fin. Sin embargo, la recuerdo con cariño, se ahogó en su ego de persona y frustración artística.–

5. Eran tiempos difíciles; mucha agitación política del patio doméstico. Solo izquierdas de pacotilla comiendo en gavillas de privilegiados. Yo, con gran dificultad y limitaciones abandoné todo lo que pude y por primera vez en mi vida supe que la novia nunca me dejaría, pero que tampoco nos casaríamos. Con esta obra entregué mi amor a un amor transitado por muchos huéspedes en filas interminables de la historia, todos con el sueño de casarse; añoro ciertos años, ciertas obras. Con esta obra observé mucho de la naturaleza superficial femenina, de las pocas que se sumergen en la búsqueda de un sentido a su existencia. Los hombres en su salsa de vanidades fueron silencio para mis adentros. Bienvenidos aquellos que privilegian el espíritu a la cruel angustia de lo material mal entendido.–

1982

**Cementerio de automóviles,
de Fernando Arrabal**

Dir. Nicholas Baker

Teatro Arlequín y Teatro Carpa

1. Cerca del estreno, en el ensayo importante, se me olvidó la pantaloneta que usaba mi personaje. Antes de comenzar el ensayo, la vestuarista fue tajante conmigo al advertirme con rayos y centellas de furia: – No ensaya si no trae la pantaloneta. Por supuesto que tenía toda la razón. Así que me fui a mi casa, caminando, porque no tenía ni un centavo para el pasaje. La encontré colgada en el tendedero. Llamé al teatro por teléfono para explicar la situación, pero nadie respondió. Era media noche. Supongo que se habían ido. Al día siguiente llegué, – como siempre, puntual – pantaloneta en mano. Aquello era un millón de cóleras concentradas atravesándome el no sé qué. Con mucha educación, me preguntaron que qué me había pasado, que el ensayo era ayer. A lo que acaté a explicar con sencillez... – Me dijeron que no regresara sin la pantaloneta. Y hasta hoy pude llegar.–

2. Ver para creer, dirá la frase popular; lo cierto es que un vendedor de cuadra se acercó – como si estuviera entre amigos –, me ofreció un rollito de cigarrillos de marihuana, lo cual me tomó

por sorpresa. Es para que se sientan bien. – Me dijo serenamente. Yo creo en el hombre (Jesucristo), pero en la función hay que hacerlo sufrir. Por supuesto que rechacé su ofrecimiento. Nunca he consumido cannabis. Insistió en obsequiármela. Fumar la yerba no era pecado, pero sí maltratar al hombre, y eso había que purificarlo con una sensación de paz interior, mental, relajados... – ¿Me entiende? Concluyó. Y se fue tranquilo, amigo, por la callejuela cercana de su conmiseración.–

3. En el Teatro Carpa, amarrábamos al Jesucristo y lo alzábamos a varios metros con un dispositivo mecánico. En al menos una función hubo gente del público que se arrodilló, se persignó y hasta oró en su pública intimidad, con nuestro respeto, se entiende. Teatro como ritual del misterio divino que nunca deja de asombrar.–

4. Qué obra más extraña y verdadera. La trompeta de liberación en manos de un vagabundo que grita por la hora que vendrá. Un cementerio de automóviles, de seres humanos que aman para no perecer en la angustia existencial, como nuestra época desenfrenada en su vacío de acumular y autoeliminarse.–

5. De este montaje salí renovado; entendí mejor el teatro. La gente tiene su parte surrealista como reflejo de sueños perdidos y esperanzas que se le fugan. Uno de los miserables transeúntes de las calles de la Capital se asomó por la puerta del teatro y expresó su respeto y solidaridad por los que ahí vivían. Todos estamos en la lucha, –dijo. Viva el amor y la paz entre todos y regálenme un cigarrito que ustedes me han vuelto a la vida. Y así fumando, se alejó en su conversación de ánimos y retruécanos, muy animado.

1982

Ni mi casa es ya mi casa, de Alberto Cañas

Dir. Lenin Garrido

Teatro Arlequín

1. Tenía que interpretar a un pulpero. Mi tío, con su acento gallego impostado, fue modelo perfecto de la vida real para estudiar la autor. Interiorizada la sustancia del texto, le pusimos buen bigote, boina negra, delantal y un caminado que rimara con su acento peninsular. Sentía que

algo le faltaba. Lo descubrí el día antes del estreno. Un puro de chircagres (Puriscালেño), que lo mascara y jugara con él. Así lo hice (el director estuvo de acuerdo y quedó muy complacido). Solo que eso de mascar y asimilar requiere su entrenamiento. El día del estreno terminé la función “grogui”, mareado, sin enfocar simetrías. Me llevó una temporada de auxilios y escupitajos. Mi mujer estaba incómoda por el sabor a mí... En la noche, función. Más de noche, enjuagues de un menjurje casero que me preparaba con devota paciencia antes de ir a la cama y abrazarnos bajo el cielo de un abrir y cerrar de ojos hasta el sorpresivo amanecer.–

2. El viejo teatro Arlequín estaba lleno de comején, cucarachas, malos olores y quién sabe cuántas cosas más. Ha sido el mejor teatro donde puse mi alma escénica de actor. Pero realidades son realidades y me quedé enganchado una zancada completa antes de atravesar el umbral entre afore y escena. Yo jalaba y jalaba y metía la mano por atrás, pero nada que me soltaba. Entonces comprendí – racionalmente – que debía bajarme el pantalón. Lo hice con la mayor naturalidad. Parece que nadie se dio cuenta – hasta el 2003 –, porque nunca nadie preguntó ni se dio por enterado, pero yo sí que la vi fea, y rajada, a tal punto que me llevé el pantalón para mi casa y hubo que hacerle tremenda costura. Mi mujercita me hizo la gracia de coserlo, y al entregármelo me dijo: – Eso te pasa por colgarte de... donde no debés.–

3. El teatro tenía su gata – mascota en el cielorraso. Uno no adoptaba. La gata, por necesidad de albergue o de lo que fuera, usaba el recurso y se amistaba con uno. En el intermedio de una de las funciones, me asomé por un huequito del afore para curiosear. ¡Y qué veo! Cruzando el centro del escenario, la gata en labores de mudanza con una de sus crías en el hocico. Al terminar la función, reinició la tarea. Curioso sentido del respeto a la audiencia y a los artistas.–

4. Un montaje lleno de nostalgia por el pasado que se fue. Un borracho es la voz de la conciencia; borracho de sí mismo, como el país que se durmió en los halagos de una mentira hecha verdad. No somos ningún país privilegiado, somos un país. Somos lo que los habitantes quieren que seamos.–

5. En esa temporada me salió novia, pero yo ya tenía. Una novia singular que pronto se casó con otro en su desamor, sin derramar una sola lágrima. Para dicha mutua, nunca he vuelto a saber de su entusiasmo por mí; espero que así se mantenga y sea muy feliz dondequiera que se encuentre.–

1983

Los profanos, de Daniel Gallegos Dir. Manuel Ruiz Teatro Universitario. UCR

1. Al inicio de uno de los ensayos, se me olvidó el texto. Mollera en cero. Con ayuda de los compañeros, reiniciamos y todo salió según se espera en esos procesos de preparación. Pero, mi preocupación no me dejó dormir. ¿Y si se me olvida en función regular? No se me olvidó nunca más. ¿El secreto? Estudiar más.–

2. Este montaje fue una prueba emocional para mí, me rehice, me contradije, me contuve, guardé la impulsividad de la injusticia y miré con humildad mi entorno. Entonces, ¡comprendí tantas cosas!... Callé.–

3. Todas las obras tienen su magia si uno se deja llevar, a veces un detalle, un tejido más complejo, un sonido... Esta tenía la vista al exterior por un tragaluz, todo un efecto escenográfico que a mí me tenía arrobado; afuera, las estrellas, dentro, uno palpitando con la estrella de su corazón, activo, en línea de fuego generacional.–

4. Ricardo, uno de los compañeros del elenco, me confió su enfermedad sin remedio. La ciencia médica tiene limitaciones. Un muchacho joven, guapote, con sueños de realización, ¿por qué no se toman las precauciones adecuadas y salvar la vida? Porque parte de la idiosincrasia nacional se doctrina de la falsa premisa de que a mí no me va a pasar nada. Y ya ven, una vida joven que no pudo echar a volar su barrilete.–

5. La gualen se me batró toda. Era el penúltimo ensayo, previo al general. Pero no solo a mí, porque yo no comencé a enredar mecates. Tengan presente que la escena teatral es científica, no un campo fértil para elucubraciones fantasiosas. Bueno, en eso estamos de acuerdo. – Escuché

una voz ronqueta. Vos me caés bien, pero tenés que vocalizar mejor. Al menos, abrí la boca para hablar. Mal de los ticos que hablan con la boca cerrada y quieren que todo el mundo los escuche y entienda. – Repitió con una invitación para que lo acompañara a tomar un trago de licor que su mujer había elaborado recientemente. Estaba en la cama, bajo el tragaluz, a pierna cruzada. De acuerdo, – dije. El ensayo terminó bien, pero al amanecer del día siguiente, me dolía la cabeza de la resaca que cargaba. Yo que no acostumbro tomar café, le dije a mi esposa que me hiciera uno bien fuerte, por favor. Así lo hizo ella, sospechando por mi olor que me había ido de farra después del ensayo la noche anterior. Lo bebí hasta el... Cuando iba por la mitad, noté que sabía al mismo licor de... Es bueno para la resaca, comentó mi ya querido amigo. Nos veremos. Yo te visitaré. Me caés bien. Y desapareció recordándome que sus primos querían divertirse. Me pedían con respeto a viejos amigos, que les escribiera una obra de teatro donde al menos uno de ellos pudiera participar. En esas quedamos. El café – licor funcionó y tuve un día estupendo.–

1983

Un tranvía llamado deseo, de Tennessee Williams Dir. Nicholas Baker Teatro Nacional

1. El director en el extranjero, el vestuario en Miami, el elenco en un marco surrealista, dos era igual a uno, y uno a ninguno. Excelente drama; siempre hay algo nuevo que aprender. De hecho, aprendí muchísimo en ensayos surrealistas donde el director atendía en su teléfono personal asuntos de negocios ajenos a nuestro encuentro artístico meta, pues hablaba de motores, contactos europeos y tiendas de New York y Miami.–

2. Fui citado para un ensayo a las siete de la noche. Llegué puntual, según mi sentido del deber y obligación mínima. Tres horas después de contraensayos y contratodosentido, me escabullí con la mayor discreción. La verdad, no tenía intención de volver a ese montaje. Así que una semana después regresé a pedir disculpas y

a despedirme de todos. El director estaba muy ocupado. Bueno, – me dije. Me quedo a ver qué pasa. En ese preciso instante, subí a escena y me quedé por toda la temporada en el Teatro Nacional.–

3. El día del estreno, uno de los compañeros de carpintería del teatro, dándome un tremendo apretón de manos, me dijo: – “Maje, cómo los admiro! A lo que serenamente respondí: – No entiendo. De seguido, replicó. – Son muchos años aquí de vivir historias, yo sé la tuza con que me rasco. De veras que los admiro, en particular a vos, ojo avizor que guarda secretos, ¿o no? – Agregó. Bueno, es el trabajo. Como en todo, comenté. De aquí – me susurró – yo agarro experiencia y la practico en la vida real.–

4. Cierta compañero tomó nota de que yo había observado su faena de café con sexo. Era su tiempo libre de ley para el aperitivo, no infringía la ley. Masturbarse pasó a ser una necesidad primitiva para convertirse en “autoerotismo”. Yo también me pongo al día... en eso de incorporar las nuevas tendencias verbales. Hay otros que las practican y no saben la palabra exacta y la acepción científica de lo que hacen. Yo soy intelectual, dirán, el otro realista.–

5. Este montaje fue formidable para mí; aprendí a desaprender. No me quedó nada, ni siquiera un céntimo en el bolsillo. Cada día recibimos los dones de nuevas percepciones con qué medir a los demás. También otros nos miden. Espero que nuestra mutua compasión sea el fruto maduro para nuevos proyectos de verdadera naturaleza social y teatral.–

1983

La dama boba, de Lope de Vega

Dir. Alejandro Sieveking

Teatro del Ángel

1. ¡Qué formidable enredo se me hizo la tarde aquella en que Alejandro Sieveking me detuvo en media calle! – ¡Miguel, hazme un toro! Tenía los pliegues de su rostro con un tono grisáceo-verde, tirando a pálido, que resaltaba

enormemente por ser una tarde tropical a todo color. Un toro – me explicó –, es hacer una sustitución de emergencia cuando un actor se enferma. A uno de los actores se le abrió una úlcera y está delicadísimo. El teatro está lleno. No puedo suspender la función y esperar una semana mientras lo sustituyo. ¡Estoy viviendo una tragedia! Tenés que salvarme, – insistió. Bueno, por mí no hay problema, dame el libreto, indicaciones y mañana hablamos. ¡No! Tiene que ser hoy. El toro es el siguiente: son las cinco de la tarde. La función es a las ocho de la noche. Tenemos dos horas para ensayar, media hora para maquillarte, ¡y a escena! – No entiendo nada –, le dije. Pero como estoy ensayando para otro montaje, pedíle permiso al director, y si él accede, a las cinco treinta estoy en El Teatro del Ángel. A teatro lleno, ¡qué toro tuvimos esa noche!–

2. La ropa del compañero a quien sustituí me quedaba nadando. Nadé durante las dos semanas que duró su recuperación.–

3. La única vez que alguien del público me ha tirado una flor, específicamente a mí, fue la noche del “toro”. – Se la ganó. Dijo la espectadora. La conservé durante mucho tiempo, hasta que se desintegró por los celos de mi esposa, porque nunca le dije quien me la había dado ni en qué circunstancias. Ese era mi secreto. Secreto de dos no es secreto.–

4. Llegué a la casa luego de una jocosísima actuación. Me sentía satisfecho por ayudar a mis compañeros. Pero había cometido un error, tenía marcado apenas un ramillete de beso en la mejilla como señal de agradecimiento de Bélgica Castro, co-dueña del teatro y actriz en la obra. Mi esposa estaba media sorprendida y media celosa. Te la voy a cobrar y a pagar caro, –me dijo. Me tuvo despierto casi toda la noche cargándome de besos. El amor cierto no parece cansar.–

5. En esos días de función encontré un anillo en el bus, parecía de oro, nunca lo tasé. Al día siguiente de haber terminado mi participación en el montaje, noté la pérdida del anillo. No volví a saber de su indiscutible perfección, aunque fuera de fantasía. Uno se ilusiona sin saber por qué. Y me pasó, digo, me sigue pasando.–

1983

El barrilete, de Fabián Dobles
Dir. Mariano González
Compañía Nacional de Teatro

1. Algunos teatros son albergue para gatos. Este era muy dulce para los mininos. Y si no, pongo de testigo el susto que me llevé cuando encontré dos lindos gatitos en las bolsas de mi holgado pantalón de trabajo. Yo que meto la mano, ¡la puta!... ¡La cosa peluda! Su madre se encargó de ellos y les dio de mamar en un lugar de menor shock actoral.–

2. Uno de esos días de quién sabe por qué ocurren las cosas, llegué a ensayar dos horas antes de la hora citada. Casualmente, a una gran amiga y compañera de escena le había pasado lo mismo. Esa tarde llovió a cántaros. No teníamos hambre, ni ganas de salir a qué. Así que nos quedamos en el camerino de hombres. Yo me acomodé en una esquina, bien abrigado. Ella se sentó frente al espejo, a peinarse. Se peinó durante dos horas consecutivas, lapso en el cual no paró de hablar ni un segundo. El que puede, puede, definitivamente. Como a las dos horas y media nos avisaron que el ensayo era mucho más tarde. ¡No habían podido comunicarse con nosotros para darnos el mensaje con el maldito cambio de hora!–

3. No sé por qué, se me olvidó llegar a un ensayo. Me acordé al día siguiente. Nadie había notado mi ausencia, nadie me dijo nada, y a mí se me olvidó en qué estábamos.–

4. Encontré una “virgen” de utilería. La tomé con curiosidad, le hice un sencillo adorno con papel de colores y la puse en una esquina. Luego pude comprobar que una de mis queridas compañeras se persignaba con devoción. Ahí estuvo varios días hasta que fue cambiada por un andamio escenográfico.–

5. Este montaje me recordó una época de mi niñez donde volar papalotes (barriletes) era una increíble aventura de la imaginación y angustia para conseguir los recursos materiales con que producir el efecto aeronáutico deseado. Todo tiempo pasado es una escala en las esca-

leras del Cielo por el cielo de las nubes y los vientos de las almas en sus caídas y ascensos cotidianos. Reconozcámoslos, algunos son aletazos del infierno. No se puede ir al Cielo sin tener conciencia de su parte contraria, remontando con nuestras buenas acciones el daño que hacemos, aún por omisión.–

1984

La última noticia, de Guillermo Arriaga
Dir. Manuel Ruiz
Teatro Universitario. UCR

1. No se deben contar ciertas cosas. Así que, una que me gustaría dejar por escrito, no me será posible. Respeto absoluto por el asunto en cuestión, aunque no creo que se lo merezca. Un túnel blanco me llevó en dulce sueño.–

2. Durante el proceso de montaje tuve la oportunidad de observar discretamente por el “rabillo” del ojo, justamente del ojo que no ve bien. ¿Será cierto lo que vi o será una ilusión des-
 óptica? Me divertí mucho. Lo siento.

3. Este año fue de infarto para mí. Me dieron unas horas de vida. Mi madre estaba en la casa un par de días. Me encontró tendido en la cama en posición entierro. Corrieron, no había mucho que hacer. Contra todo pronóstico, la medicina alternativa que apliqué fue mi salvación. La alopatía me hubiera corregido de momento algunos males, pero hubiera fallado en otros. Acertó mi mente abierta de años atrás al interesarme desde niño en terapéuticas variadas que funcionaran integralmente.–

4. Un querido compañero del elenco se nos fue, buen muchacho. Le dijimos que no saliera con el alemán; nunca hizo caso. Nos retaba. Ciertas enfermedades no se retan. La última vez que lo vi me dijo que él no tenía nada. Su apariencia era la de que sí tenía poca vida en sus venas.–

5. Recuerdo que... ¡Qué poco recuerdo! Pasó un año más, como una gacela. Se fue. Y yo a mi casita.–

1984

La víspera del sábado, de Samuel Rovinsky

Dir. Daniel Gallegos

Teatro Nacional

1. Una obra excelente. Me tomaron varias fotos para la difusión y publicidad. Nunca salió ninguna por ningún medio. Me puse en comunicación con el fotógrafo, el cual me comunicó, francamente, que me había tomado varias, pero que curiosamente yo no aparecía en los negativos. Luego de meditar durante varios días sobre aquella curiosa conversación, me di cuenta del por qué. El fotógrafo estaba en lo cierto, y yo tenía comprensión del por qué. Cosas que pasan, pero tienen explicación.–

2. Aproveché la cortesía de invitación que siempre nos dan para los estrenos de una obra, invitando a una persona que se decía atea. ¿Qué te pareció? – le pregunté posteriormente –. Es tan buena, que Dios existe y nos dio inteligencia para resolver los conflictos humanos. Por desgracia, – remató – todavía somos animales en bruto.–

3. En algún momento de nuestras vidas suelen ocurrir acontecimientos que nos abren los ojos. Nos abren los ojos, o nos los cierran de un leñazo. Luego de la función, yo los llevaba ciertamente abiertos, caminaba plácidamente rumbo a mi casa. Noté que en esa cuadra de calle por donde transitaba, no había luz. Aún así, proseguí. Un fuerte golpe con cadena me sacudió. Tres me cayeron encima y me revisaron absolutamente todo. Los asaltantes solo encontraron la moneda para el pasaje del bus. En ocasiones, así soy yo, llevo encima el mínimo del mínimo. Como alas negras de mal agüero, se alejaron sin decir ni pío. Fracaso. Yo me incorporé, me pareció ver un objeto en el suelo. Lo recogí. En el bus revisé el objeto y resultó ser, para mi sorpresa, una linda “navaja”. Días después la regalé a uno de los vendedores de frutas del mercado, el cual, agradecido, me obsequió con una enorme papaya que supo a gloria en mi casa.–

4. La gente discrimina según sus creencias, sentido del olor, protección de sus intereses vitales... vaya uno a saber. Una de las mujeres encargadas, sin saber quién era yo, me trató como

trapo de piso. Di las gracias y me retiré. Cuando días después en la recepción nos presentaron la saludé respetuoso, como si nunca la hubiera visto... hasta el día de hoy. Agua que no has de beber, déjala correr. Cada uno en lo suyo, profesionalmente.–

5. Un día de función regular, mientras esperaba el llamado de inicio, fui al mingitorio y no pude orinar. No me salía ni una gota. Llegué a la casa más tarde y oriné como un caballo. Cosas que pasan en la psique del pito.–

1984

Escomposte Perinola, de Carmen Lyra

Versión Eugenia Chaverri

Dir. Eugenia Chaverri

Teatro Tiempo

1. El día del estreno miré de soslayo a una espectadora. Era ella. Odiaba el teatro. Teníamos once años de no vernos. Ya estaba casada, divorciada, con amante y tres hijos. Yo empecé a estudiar teatro en 1976. Guardando las distancias y el respeto de cada persona, en ese preciso instante supe que todavía me quería, inclusive, más que antes, pero amaba más a su dinero y su posición. Me dejó una nota en la boletería, harto significativa y filosófica. La vida, en sus corrientes ineludibles, se encargó de revolcarla y convertirla en una dama muy seria – sin pasado que le majara rabo, por conveniencia –; gorda, llena de papada y pelotuda. De la que me salvé. Dios, definitivamente, me miró con compasión y picardía. ¡Y yo tanto que había sufrido por ella! Ese día en la noche me zampé botella y media de vino tinto, y comí hasta reventar de la alegría. Dormí troglodita y feliz.–

2. Un día (juegos de actor) se me ocurre ponerme el vestido y la máscara del burrito para dar una broma. Tomaron la foto. No es la compañera que hacía el personaje quien está ahí, soy yo. ¿Me oye alguien? En fin, resignación. En el álbum guardo la foto. Mi personaje no apareció en ninguna parte gráfica, desgraciadamente para la posteridad.–

3. Un sobrio montaje. Podría decirse que la magia de Carmen Lyra estaba en el espíritu de

todos. La sonrisa de los niños en cada función es el mayor y mejor testimonio de cuánto debe cultivarse con valores sanos y creativos la niñez. Tengo la impresión que los políticos en Costa Rica no tuvieron niñez y por eso tienen vizco el cerebro y tuerto el corazón.—

4. Los niños son niños en cualquier parte del mundo, hasta que los adultos se encargan de corromperlos con su mal ejemplo. Esa conversación en palabras de niño y padre tomó lugar en el vestíbulo. Yo escuché con placer al otro lado de la pared.—

5. Nunca me sentí tan niño como al final de función cuando un niña me dio un beso en la mejilla. Definitivo, hay que ser como niño para entrar al Cielo. Esa era un ángel.—

1985

Hotel Taigá, de Alexander Vampilov

Dir. Juan Cerdas

Teatro Tiempo

1. Tenía que hacer unas líneas de violín, (de verdad, por supuesto) pero no me percaté que había dejado el arco en el camerino. Lo había hecho con el movimiento de la mano y el brazo. Los compañeros (imagino) estaban tan concentrados en su tiempo interior que no se dieron cuenta, o se hicieron los tontos, porque nunca nadie me dijo nada. Y parte sin novedad.—

2. En el ensayo general, en personaje de médico, examinaba a otro compañero, repentinamente con la salud caída. Conozco el estoscopio, algo entiendo en la materia. Así que le coloqué la chapa en el pecho, muy serio. El otro con cara de ya me voy... Pero el público se reía, yo más concentrado. El público se reía a carcajada limpia — diría que casi se orinaban —. La cosa no me gustó. Lo encontré bien de salud, así lo expresaban las líneas del parlamento. Hasta que me di cuenta que tenía una parte del bendito aparato con sus componentes correctos incrustados en mis oídos, y del otro extremo colgaba la manguerita. El público se había dado cuenta, yo no. Por supuesto que no le di ninguna importancia y seguí como si nada. Aquello fue delirio de risas, aplausos y gritos.—

3. Llegué al camerino, saludé como de costumbre, me senté y un gato me cayó en los hombros. Me recuperé del impacto al sentir su ronroneo cariñoso en mis orejas. El gatito se bajó suavemente, dijo su miau de buen amigo, y se perdió en algún lugar de la noche que solo él sabrá.—

4. Parte de la escenografía eran señalamientos de espacio por arista. En una función entré por la pared y no por la puerta. De inmediato me percaté del error; di media vuelta, salí por la pared y toqué la puerta. Me abrieron. No sé si el público creyó que era parte de la tragicomedia que estábamos presentando.—

5. El teatro estaba tan podrido, tan lleno de comején y malos olores que tenía náuseas constantes. Como estaba cerca, un día madrugué más de la cuenta. Fui al camerino, me senté y cerré los ojos, pero despierto. En eso escucho como si alguien estuviera comiendo; efectivamente, dos saludables cucarachas se estaban hartando con las boronas de pastel que alguien seguramente había dejado la noche anterior. Las miré sin decir palabra; me miraron, contoneaban sus antenas y dejaron de comer. Entonces, pudimos conversar hasta que fuimos interrumpidos por la señora de la limpieza. — Miguelito, ya sé que estás ahí, te oigo.—

1985

Eréndira, de Gabriel García Márquez

Dir. Luis Carlos Vázquez

Teatro Nacional

1. Durante una de las funciones, corría por el pasillo interior para entrar a escena y pegué de frente con una especie de corteza de árbol; aturdido, con la noción de mi conciencia en vilo, mirando bomberos como angelitos y sabiendo que debía entrar a escena, me vi en brazos de un bombero enorme que me dijo... “Apúrese que le están haciendo señas”. Y entré a escena. Por defecto, como si estuviera programado, hice lo que tenía que hacer. Pero, seguía sin comprender. Después me lo explicaron los técnicos del teatro: — “Eran bomberos”. Tienen su ronda para cuidar el teatro.—

2. La versión escénica del cuento de García Márquez mostraba los mismos anacronismos y la

exageración al extremo del absurdo para delicia del público. Uno, en su calidad de actor oficiante, no pensaba, hacía. Eso me hizo recordar, función tras función, que solo un fulano bautizado crítico por uno de los periódicos locales, se aburría. Pensaba que no siempre se podía complacer a todos. La temporada fue un éxito total, tarde tras tarde, noche tras noche, el público le daba el cierre a la representación con su alegría de aplausos vibrantes y prolongados.–

3. Interpretando el personaje del Alcalde en uno de esos puebluchos desvencijados, tenía que dispararle con un rifle M-1 a una nube para que lloviera. Siempre me aseguraba con el técnico a mi disposición, de revisar la “bala salva”, todas las noches justo antes de salir a escena. Esto por razones de seguridad. Pues bien, el disparo hacía un estruendo que resonaba en todas las esquinas del teatro. La sorpresa se daba en el público, que siempre gozaba de aquello que hacía brincar a más de uno. Atención especial mereció un día de tantos, en una función de las tantas que dimos, una señora cayó de espaldas pegando gritos, y luego reía sin parar de lo que ocurría en escena y de la situación que ella misma había provocado.–

4. Durante uno de los ensayos, uno de los compañeros quiso figurar por sí solo; dejé que tomara posesión del mejor lugar. Era el proceso medio del montaje, faltaba mucho que hacer por parte del director. Al final, quedó relegado a un último plano. Actor que nunca fue, compañero que nunca fue. Con ese montaje desapareció de escena para siempre. Se casó con alguien de dinero, por dinero. Según escuché más tarde, lo pusieron a trabajar o a divorciarse.–

5. No hay sensación más grandiosa que un escenario vacío y un espíritu de actor lleno de imágenes para crear con su trabajo el resultado escénico que finalmente llega al público. Trabajar, sudar, volver a empezar. Estreno y aplausos.–

1985

El ánimo sola de Chico Muñoz,
de Jorge Arroyo

Dir. Lucho Barahona
Teatro del Ángel

1. Hacía el papel de Comandante de pueblo, enamorado de la rezadora. Mi ayudante estaba enamorado de la hija de la Señora – cuasi viuda – de la casa. Durante las funciones, él se me acercaba y me pegaba un doble codazo en la parte izquierda del torso. Al cabo de varios meses de dar funciones, comencé a sentir un dolor que poco a poco se agudizaba. Médico, radiografía. Tenía dos costillas rotas. Tuve que dejar la temporada. Pero siempre guardé silencio, hasta estas letras pícaras y cariñosas. – Excelentes compañeros. Mi amigo J. Kim, acupunturista, me dijo: –Mira, yo te voy a dejar sin una línea de fractura, en una radiografía después, no se va a ver. Dicho y hecho, sus agujas producían una carga eléctrica al entrar en contacto con el nervio. El ortopedista no daba crédito. Costillas como si nada. Y yo feliz.–

2. Nuestro querido compañero, el que hacía del muerto, pasaba todo un acto metido en la caja. Una noche, ya de regreso a nuestras casas, me confió lo siguiente: – Miguelito, me desperté por instinto, porque estaba bien dormido. Si se les ocurre llevarme al otro lado durante una función, hacéme el favor y que me entierren en esa cajita. Vieras qué cómoda que es. Mientras lo vean metido ahí, no se lo llevan. Acuérdesse de mí. – Dije yo. En ese caso, – sonrió mi contertulio – que siga la temporada, porque va para largo. Efectivamente, ha sido una de las temporadas de teatro más largas en la historia del espectáculo teatral costarricense.–

3. En determinado momento de la obra, el Comandante que yo representaba tenía que bailar un baile típico costarricense con la pizpireta rezadora. Por supuesto que nunca me salió. Bueno, él trata de conquistarla, de abrazarla con pretexto del baile en medio del velorio de la señora de la casa (a quien también trataba de cortejar), algo fino, simpático, a tono con la comedia. Así que me puse de acuerdo con la compañera y practicamos a nuestro estilo... En todas las funciones el público acogió muy bien nuestra propuesta de baile... el descaradillo Comandante y la rezadora que le hacía segunda.–

4. Al salir del teatro un domingo en la noche, me fui directo a mi casa. Llegué a

Cartago. Eran cerca de las 11.30 de la noche y tomé conciencia de que yo vivía en La Trinidad de Moravia, en Calle Blancos y en Alajuela. ¿Qué putas hacía en Cartago? Se me apareció una compañera de colegio que tenía casi veinte años de no saludar. Miguelito Rojas, ¿vivís aquí? – Me dijo en tono jovial. No exactamente, – le contesté con cierta perplejidad. Bueno, ¿qué de vos? Nada especial. Voy con mi marido para San José. – ¿Me darían un rai – un aventón? Por supuesto, – agregó. Así llegué a mi casa. Mi esposa decía que yo parecía un témpano de hielo cuando me metí a la cama. La verdad es que me importó un rábano, había llegado a mi casita sano y salvo y sin gastar un céntimo extra. Solo que mi querida excompañera había fallecido varios años atrás. De eso me enteré por otro excompañero, también muerto tiempo después.–

5. Muertos o vivos, la gente es una peste. Por supuesto. – Completó el visitante al camerino. ¿Y sabe qué? En cualquiera de los dos lados son la misma porquería. Que lo diga yo que me la paso de aquí para allá. Nunca supe quien era, parece que nunca hubo nadie de visita porque en el teatro lo hubieran sabido. Cosas que me pasan a mí. Y yo, como todo lo veo normal, supongo que también me la paso cruzando los umbrales de ambas aceras. Del otro lado hay cosas indescriptibles, por eso no tengo palabras ni puedo explicar.–

1986

Actor FIGURANTE en la Ópera “Carmen”, de Bisset

Dir. Luis Carlos Vázquez

Teatro Nacional

1. El ego de los cantantes no tiene límite, el de los actores tampoco. Algunos afirman que el ego no existe. En mi modesta opinión, quienes así dicen, nunca estuvieron en un camerino.–

2. El famoso director quería doce caballos de verdad en escena. Por supuesto, serían animales sin ningún tipo de entrenamiento previo. El piso nuevo del Teatro Melico Salazar estaba bastante resbaloso. Hubo quien estaba dispuesto a complacerlo, imaginando la Plaza de Toros de

Sevilla, en España, ahí mismo en la sala de teatro mencionada. Un ingenioso lengua suelta de los técnicos expresó con sabiduría milenaria que para caballo no había que estudiar, ni en la España de Europa ni en la Costa Rica de idiotas.–

3. En algunos momentos de la ópera, los actores de teatro que hacíamos de figuración, cantábamos en las escenas corales sin permiso del director escénico ni del director musical. O sea, nos aprendimos por nuestra cuenta la letra y seguíamos al director de orquesta. Alguien supuso que los “cantantes de coro”, picados de enojo, le fueron con el chisme al director de escena. Así que nos mandaron a callar a todos. Lo incongruente era que las escenas pedía que todos cantaran. El director de escena tuvo la genial ocurrencia de pedir que solamente abriéramos la boca, en mudo. Respetamos la orden del Señor Director. Cerramos la boca, en mudo.–

4. En el camerino se hacían apuestas, según el tema del día. Yo siempre aposté a disfrutar de mi tranquilidad, pero en aquel jolgorio, no había manera. Opté por estar en silencio y aprender las trampas que los jugadores se hacían con tal de ganar. Llevaron cartas, el ganador se salió con la suya. Él trajo las cartitas, y un as extra debajo de la manga.–

5. Nos dimos encerrona con varias de las cantantes coristas. Entonces, una intentó impresionarnos con su DON DE PECHO. No pegó la nota sino un gallo ahorcado. En general, todos los hombres le vimos el pecho, muy saludable. Y pegamos el mismo alarido. Acciones de grupo, que llaman. En varios momentos posteriores, la dama se apretaba en el camerino con uno de los gallitos actores. Nos dábamos cuenta por su ausencia en escena que debíamos cubrir y por el plumero de faldas que no podían dejar en su sitio, tal era el ritmo vertiginoso de algunos cambios de escena. Bueno, pareja feliz para un mundo mejor se tituló la canción de amor que vaya el diablo a saber en que habrá quedado.–

1986

Fuego, sol y sombra, de Lil Picado

Dir. Luis Carlos Vázquez

Teatro Nacional

1. A lo largo de mi carrera como actor he visto textos con poco o nada de teatro; gracias a directores como Luis Carlos Vázquez, el espectáculo salvó la producción y le dio brillo a la temporada.–

2. A los camerinos llega constantemente el llamado “correo de brujas”; interesantes chismes y anécdotas discurrieron durante aquella temporada... y un escándalo de alcoba que no se permite revelar.–

3. Hubo una función muy curiosa, se me ocurre pensar. De principio a fin transcurrió sin pena ni gloria. Ni me di cuenta, – suspiré. Siguieron varios “ni yo tampoco”. Alguien pasó frente al camerino y posiblemente escuchaba a vuelo de pájaro, pues remarcó su anónima intervención con un – “Ni el público tampoco se dio cuenta de nada”.–

4. Lenguas viperinas, hubo de todo. Chismes, intrigas, amores, infidelidad y confesiones. Así en la vida como en la ficción escénica.–

5. Mi esposa, cantante lírica en esa ópera, con picardía de mujer me preguntó que qué pasaba en los pasillos porque se oían rumores muy curiosos. Nada que yo sepa. – Eludí la pregunta. Posiblemente dejaron alguna ventana abierta y se metieron los duendes a celebrar su fiesta. ¿Y esos labios rojos que traés? – Me disparó a matar. Sin atinar respuesta, dije lo primero que se me vino a la lengua: – Son el ramo de rosas de amor que siempre tengo para vos. Pues más tarde las ponés en el florero. – Concluyó con su habitual sonrisa y ojos de verde fulgor.–

1987

La visita de la vieja dama, de Friedrich Dürrenmat Dir. Daniel Gallegos Teatro de la Aduana

1. La aventura del teatro es entre todos. Este montaje me lo recordó. Todos, sin excepción, formamos parte de su esencia; es que nada de lo humano nos es ajeno.–

2. Uno de los tramoyistas, en la pequeña intimidad de su lugar de comida, se acompañaba con el tamborileo de sus dedos y manos sobre la

mesa, mientras cantaba improvisadamente con muy buena fisga y crítica chispeante, enfocando el tema de su inspiración en la corrupción de los políticos nacionales. Observé para mis adentros que tenía más conciencia social que muchos artistas, así, en general. Sin mencionar nombres y apellidos para no lastimar y ofender susceptibilidades.–

3. Entre bastidores, vi lo que vi. No tenían freno para detenerse; seguí en lo mío y cada uno en lo suyo. Era una noche fría, dentro había calor humano y trepidación en los órganos vitales. Operaciones complejas de matemática pura: $1 + 1 = 3$ o ninguno. Curioso, ¿no?–

4. El director no confió en mí para ningún papel digno. Así que me encargó algo menor y la estación de tren, la cual yo manejaba con itinerario exacto. Un día entró la estación al punto y tuve que volver a sacarla por atraso de las estrellas; la estación se cerró por mi voluntad. Y pare de contar. Yo también tengo carácter y don de mando. El día que me de por ser estrella, brillo. Tengo con qué y de sobra.–

5. El dinero es algo que nunca llamó mi atención como fuente primaria de hacer teatro. Confieso que soy un tonto si se le ve el lado práctico de vender la fuerza de trabajo. Algunos cobran caro, su labor es aceptable y les pagan con facilidad; de ahí no pasan. Sé lo que digo.–

1988

Los asesinos delicados, de Albert Camus Dir. Alfredo Catania Teatro Carpa

1. En esa época tenía un pick up marca “japan”, color chocolate claro. Al salir del ensayo me fui tranquilamente para mi casa. Al llegar a la casa, mi esposa me preguntó por un “caballito de mar” que ella había colgado temprano en el mango del espejo retrovisor interno. No sé. – Le contesté sin entender nada. Largo rato después nos dimos cuenta que el vehículo tenía otro número de placa. ¡Genial! – Grité. Me robé un carro. Presurosos, nos fuimos de vuelta al teatro. Nada. Entonces, sin saber qué hacer, dimos parte a la primera patrulla que se puso en nuestro

camino. A lo que el oficial, muerto de risa, nos informó que nos estaban esperando en nuestra casa para hacer el intercambio de legitimidades. Como esos autos son producidos por montón y en serie, el otro dueño también se había equivocado. Nos dimos la mano y cada quien con su propiedad. Mi mujer me mordió la mejilla y nos fuimos a dormir. El guarda privado que circula por las calles de la urbanización donde se ubica nuestra casa dice que como a las dos de la madrugada se escuchó una soberbia carcajada que salía de nuestra casa. Nos regó la casa con agua bendita. Lo que nunca intercambiamos fueron las llaves de los vehículos. Total, con una se abría la del otro y viceversa.—

2. En aquel tiempo, el guarda privado de la urbanización era muy curioso y meticuloso con la vigilancia. Pegaba el oído a cien metros y veía con su doble ojo psíquico, con lo cual, se enteraba de ciertas historias de un mundo paralelo que corría en sitios aledaños, como almas en pena que corrían sin ropa por el cafetal, o extraños que llegaban a dejar un vehículo igual a otro que se llevaban sin que pudiera entender un rábano. — Es que ustedes los artistas, mencionaba educadamente, son medio locos.—

3. El día del estreno me fui en bus para el teatro. Mi esposa estaba con gripe, así que se acostó temprano. Cuando regresé, el guarda de turno de la urbanización estaba por ahí cerca rondando. Se me acercó y socarronamente dijo: — Pedí cambio de turno y locación porque en las otras calles y casas no pasa nada. Pero dicen que aquí en esta esquina sí hay emociones... Y el carrito de ustedes, qué, ¿vuela?—

4. El fotógrafo hizo sus tomas, se le dedicó el tiempo que quiso. Cuando le pedí fotos para mí, pagándole buen precio, no le interesó. Otros tuvieron las suyas. Supongo que el dinero de unos vale para otros menos. No entiendo por qué lo hizo, no hay justificación. O hubo algo de subtexto que no capté.—

5. En este montaje hubo noticia de un penoso incidente. El marido de una de las actrices se confundió de amante, y como el dichoso era también Rojas, me persiguió y dañó el auto. Lo llevé a juicio y por supuesto, gané. Nunca me pagó. Su esposa se divorció de él y yo quedé

como buen amigo de no sé quién. Pero de pagarme daños, hasta el diablo se escabulló en el olvido tico que canta el estribillo... “Llamáme un día de estos...” Tras de cuernos palos, llamé un par de veces y llámame para que hablemos. Par de lo que sean, paguen. Jamás escuché silencio tan inteligente.—

1988

El martirio del pastor, de Samuel Rovinsky **Dir. Alfredo Catania** **Teatro de la Aduana**

1. Alguna gente adora el teatro y quiere subirse al escenario sin pasar ningún proceso de estudio, esfuerzo y largos años de maduración. Conocer el teatro de manera integral, desde dentro, un arte de pasiones, entretenimiento y reflexión. Tienen tanta suerte que quedan inmortalizados en las fotos, aunque nadie recuerde quienes eran.—

2. Esta obra es de blanco y negro. Directa, sincera, al grano con el asunto dramático. Fue un verdadero placer y una experiencia gratificante.—

3. Como siempre, alguien pensó que con ponerse maquillaje taparía sus lagunas de interpretación. Créanlo o no, por momentos creí que le funcionaría, pero no, la fuerza interior es más poderosa y cautivadora para el público y para quienes estamos en escena, vívidamente.—

4. De un novo sapientísimo paracaidista: “maje, cuando pagan aquí. Lo dijo el primer día de ensayo. Duró hasta el día de hoy para regresar. Tamaño poco de años, ya fantasma de su ambición y estupidez.—

5. En el espejo del camerino alguien rezaba con devoción inmaculada. No había nadie, solo nosotros los actores, que hablábamos de cualquier tontería del día. Entonces, un ruido. Nos acercamos al vestuario y salieron en formación de vuelo tres enormes cucarachas, enormes. Lo juro. ¡Quítemela, quítemela de encima! Les tengo asco. Pero quien aquello pronunciaba con evidente rechazo nunca se dio asco por su conducta de constante irrespeto con sus compañeros, familia y ciudadanos. Es que en aquello de mirar la paja ajena...—

1989

**El Martirio del Pastor, de Samuel Rovinsky,
segunda versión de la obra**

Dir. Alfredo Catania

**Teatro de la Aduana (CR), Teatro del Bosque,
México D.F, gira a Morelia, México, y
Broadway en New York**

1. En New York viví el impacto de lo que puede transmitir la emoción, el desgarrador sentimiento de un alma, a través del canto. Caminaba a ritmo alegre vivaz por uno de los túneles que conducen al subway; eran cerca de las siete de la noche. En la más terrible soledad, escuché la voz de una mujer cantando. Luego de un zigzaguo, la pude ver. Era negra, pobre, con ojos de tristeza incomprendida en el estañón que su cuerpo semejava. ¡Qué voz más intensa de lamento! ¡Qué desgracia somos los humanos al dejar que una persona sufra en su dolor, sin respuesta solidaria.–

2. No escribo el nombre del amigo que se atrasó de regreso al hotel, por curioso. Parece que se quedó mirando las estaciones internas del subway. Eran cerca de las once de la noche. De pronto, sintió que algo detrás suyo se movía, luego una sombra cada vez más grande lo acosaba, hasta que echó a correr. No pudo dar con la salida. Volteó y vio un enorme negro abriéndose la gabardina de piel de oso negro en aquella negrura de túnel solitario. Jadeaba hasta el estremecimiento. El oso negro, muy amablemente, le preguntó si sabía por donde tomar la escalera de salida, porque estaba perdido. Era extranjero, no era gigantesco, no era negro, no lo perseguía... Historias de presión alta que provocan con los años más de un infarto tardío.–

3. Cerca de la Gran Central – Calle 42 –, caminaba tranquilamente. Levanté los ojos para ver la altura de los edificios. De la acera de enfrente vino el grito: “¡Maje, aquí no hay mangos como en el Parque de Alajuela! Sorprendido, traté de ubicar aquella voz. No di con ella. Entonces, entre aquel barullo de vehículos y gente, se me acercó una señora, completando aquel insólito encuentro. – “No se ponga nervioso. A todos los ticos nos pasa la primera vez que venimos

a Nueva York. Es que como en Costa Rica no hay edificios de cien pisos, pues uno quiere ver desde abajo la punta de las agujas que parecen pinchando las nubes de acero”.–

4. El Señor Director Catania me dijo que como yo era muy tacaño porque nunca tomaba el desayuno con ellos, el último día era el momento de compartir con los compañeros. Me pareció razonable su comentario y acepté. El desayuno internacional era una vulgar tostada con una untadita de mantequilla, una porción de jalea que no pasaba de la punta del dedo índice, un vaso pequeño de café que sabía a agua de trapo de piso. Todo costaba la módica suma en promoción de 95 centavos de dólar. La propina que me obligaron a dejar fue de 1 dólar. Me gané una doble indigestión.–

5. Pude ver las famosas –Torres Gemelas– dos edificios de línea recta sin nada que me pareciera extraordinario, salvo su estatura cuadrada y sin gusto. Pero vistas a 7 kilómetros de distancia, desde New Jersey, eran hermosas dentro del mural de los rascacielos en aquel manotazo del cielo claro. Dos verdaderas esculturas que aprecié con ganas. Logré así ver el sentido de la urbe de un capitalismo a mansalva donde la vida de los individuos no vale nada. Pregunten en cualquier parte del mundo por New York; todo el mundo quiere estar ahí, es la capital cosmopolita por excelencia, el centro del mundo donde se consigue de todo. Y bien que vale su fama, lo garantizo.–

1989

Las Leandras, de Francisco Alonso

Dir. Jaime Hernández

Teatro Melico Salazar

1. Como siempre hay algo que aprender o recordar de la experiencia de otros, degusté mis buenos chocolates calientes antes de la función.–

2. Hubo una persona que lamentablemente boicoteó el montaje desde antes de comenzar. Su trabajo fue en todo el amplio sentido de la palabra, pésimo. Eso sí, cobró sueldo. ¿Por qué habrá espíritus tan amargados?–

3. A mal tiempo, buena cara. La vida tiene gratas sorpresas, el teatro también. Aunque a veces se cuelan malos ratos.–

4. La producción cometió un error y terminó pagando en incómodas cuotas mensuales a quienes contrató para su fracaso total y absoluto. El mundo profesional del espectáculo es cosa seria, no de aficionados que quieren apostar fuerte sin barajar la inteligencia de un arte y producto para vender.–

5. A mí me pidieron la opinión y yo dije tajantemente, cierren ya y pierdan menos. Tengan una semana más para ver si levanta, quebrarán. Como no hay secretos sino conocimiento, se fueron a pique con todo. Codicia o intento por recuperar la inversión. Mal clima para quitarse la camisa.–

1989

El Serenísimo Príncipe don Carlos, de Carlos Muñiz Dir. Luis C. Vázquez y Lucho Barahona Teatro Nacional de Costa Rica, y Teatro Municipal de Bogotá

1. Una estimable compañera se preguntaba si el vestido que le habían diseñado correspondía a su talento. Otra compañera la calmó, asegurándole que no se preocupara por esos detalles, puesto que lo mejor de su presencia escénica estaba en el traje.–

2. Uno de los miembros de la “figuración” estaba muy inquieto en el camerino, se untaba y rejuntaba maquillaje, se veía y reveía en el espejo. Hubo necesidad de preguntarle que si tenía algún problema, a lo que respondió pausada y sinceramente: – “Es que hoy viene mi novia a ver la función y quiero que mi maquillaje destaque”. Primero intentamos persuadirlo de que no lo hiciera, le dimos consejos y argumentos. Caso perdido. En el intermedio se dio cuenta – o alguien le dijo – que se veía como un espantapájaros. Entonces, reclamó que por qué ninguno le había dicho nada en el camerino.–

3. Un simpático “actor” en ciernes se la pasaba bailando dis que ballet, en el camerino. Le preguntamos que por qué no estudiaba danza, pues le veíamos mucha inclinación. A lo que respondió que lo suyo era la publicidad. Sobraban los comentarios.–

4. En la gira por un país de Sur América conocí a una suramericana. La dama en cuestión había sido reina de belleza en una de las provincias de su país. Fue algo imprevisto, ignoro la razón pero desde que me bajé del avión me sentí clavado de amor. Ella me buscó, ella me llevó de la mano, ella me besó. Y yo corderito. Al pasar a otra batalla de confrontaciones me despedí de manera singular. Le compré un ramo de flores gigantesco y le dije adiós para siempre, no sin antes asegurarme de que no tendría mi dirección exacta. Sería la primera mujer en mi vida que me seguiría por cualquier rincón del mundo, de eso no me cabe la menor duda. Y como yo no estaba listo para divorciarme y ni siquiera se me había ocurrido, quise que tuviera lindos recuerdos de Canadá, mi residencia habitual cuando no estaba de gira. Es que las giras artísticas duran en promedio de dos a tres años. Agotadoras, ¿no?–

5. Gasté buen dinero en comprarle a mi esposa un manto precioso. Estaba seguro que lo disfrutaría. Lo dejé olvidado en dos ocasiones, me obligaron a pagar impuesto cuando regresé a Costa Rica, me lo ofrecieron comprar al doble de lo que me había costado. Negocio redondo habría hecho. Se lo regalé a mi esposa, según mi corazón. Lo tuvo una tarde de visita. No supimos más de él. Luego de contarle algunas de las peripecias del bendito manto, supusimos que tenía predestinado su destino, no precisamente en nuestra posesión de temporalidades humanas.–

1990 - 1991 - 1992 - 1993

–“Durante el lapso 1990 - 1993, no actué; me dediqué por completo, con toda mi alma e inversión de mi bolsillo y administración, a la “Pequeña Academia de Canto” que hacíamos florecer mi esposa Mary, y yo. Este periodo maduró el proyecto “Rojas & Peck. Artes escénicas y canto”. Solo pudimos llevar a cabo la parte de canto, pues en Marzo, 1994”, el oncólogo nos dio la fatal noticia de que Mary sufría un cáncer terminal. Ahí comenzó otra enorme tragedia en su vida (y en la mía, por supuesto). Más detalles en mi relato autobiográfico, en proceso –sin fecha ni compromiso de concluirlo– que titulé: “**Celebro mi corazón en llamas**”. De 1984 a

1994 fui productor, director artístico y promotor de la “Pequeña Academia de Canto”. Consta en escrito con rúbrica original de Mary E. Peck. Su muerte me dejó económicamente arruinado, con deudas millonarias que al 2005 he sabido honrar: **primero**, no tiré la toalla; **segundo**, pude sacar la nariz y respirar; **tercero**, logré sacar la cabeza; **cuarto**, voy a flote, pecho arriba, buscando los puntos definitivos para el equilibrio; **quinto**, voy rumbo a corto plazo a la estabilidad general.–

1994

Julio César, de William Shakespeare
Traducción de Joaquín Gutiérrez
Dir. Oscar Castillo
Teatro Nacional y Teatro de la Aduana

1. Me sentía feliz de lanzarme al ruedo. Se me torció un pie, pero seguí con la hinchazón en el tobillo. Se me quebró una muela, y con tremendo agujijón y rabia en el hueso, seguí. Se me perdieron los anteojos, pero seguí, no a ciegas, sino con la luz de mi espíritu radiante.–

2. Trajeron a un escenógrafo español, parece que muy famoso. Es saludable respetar el trabajo de los otros, máxime cuando aman lo que hacen y lo hacen con entrega, pero no vi nada que no hubiera podido hacer el carpintero del teatro con unas cuantas indicaciones. Lo siento. A veces la verdad es dolorosa.–

3. Escribo de lo que soy testigo a la par mía; ocurrió y todavía no sé si es un sueño, aunque a veces, los sueños son realidades que no percibimos como tal hasta mucho después. Una persona, con correcto acento español, comentaba a la salida del teatro la importancia de traer Shakespeare y otros clásicos del teatro español a estos pueblos incultos tercer mundistas. Han pasado los años y todavía medito en aquello que oí como la verdad y luz de la civilización. Lo duro de aceptar es que todavía nos traen espejitos y latas que nuestro pueblo acepta como la gran maravilla de los milenios, mientras ellos comercian nuestros productos, nuestra identidad y su oro cultural. Por supuesto que el español de marras, digno en su expresión, nunca se había leído, ni le interesaba saber y conocer qué habían

escrito los autores de teatro costarricenses y desde hacía cuanto se movía el aparato del teatro y la creación escénica en Costa Rica. No sé por qué se me vino un chispazo de humor negro, al pensar que ciertos europeos nos miran en estado de barbarie mientras ellos hacen las guerras mundiales y universales. ¡Qué feo que le digan a uno... “Sos la puta de España... Y España la de Europa...” – Mejor, dialogar, acercarse, conocerse; dejar las religiones y la violencia de lado... compartir la mesa como una sola raza humana, como una sola humanidad.–

4. El teatro en escena es un acto vivo, lúcido, imaginativo, donde la emoción tiene inteligencia y esta sirve a cada parte del engranaje total de la obra, por eso el teatro es un organismo cargado de fuerza vital y misterio. Disfruté mi parte y la oportunidad de disfrutar una excelente obra sobre la ambición desmedida de poder político y sus lucros.–

5. Hay gente que viene de fuera y cree que lo viene a enseñar literalmente todo. El que no se da su lugar, es un lame culos. En ese aspecto, los ticos lamen muchos miembros del cuerpo social. De ahí la importancia de un teatro con sello de origen netamente costarricense; hay que invertir en él.–

1994

Una aureola para Colón, de Daniel Gallegos
Dir. Daniel Gallegos
Teatro de la Aduana

1. Fue un montaje con visos trágicos para mí. En uno de los ensayos se me salían las lágrimas, no podía contenerme. El Director me preguntó que qué me pasaba. – “Nada. Es la luz que me da directo en la cara y me irrita los ojos”. Mandó a mejorar el ángulo de los reflectores. Lo cierto es que por un lateral del Teatro de la Aduana habían entrado mi hijo David y mi esposa Mary. Lo que presentía. En el descanso me confirmó el diagnóstico médico de su cáncer y el pronóstico de tumba irreversible.–

2. En este montaje tomé conciencia de lo calvo que estaba. ¡Qué coronilla de monje! No había nada que hacer. Parece que la mejor cura

es untarse todos los días un poco de resina... de resignación. Y pare de contar. Hasta que la ciencia nos provea de la herramienta para eliminarla. Dicho sea de paso, no conozco ningún ángel calvo.—

3. Vida y muerte en carne propia, así transcurrieron las funciones de este montaje para mí. A partir de marzo de 1994, cuando tuvimos la primera noticia del terrible aluvión que nos cubría a mi hijo, a su madre y a mí, hasta el 6 de agosto, 2001, en que ella falleció, fue navegar en un mar de vientos como vidrios ululantes de la mierda humana... Ríos de mierda. Nadie preguntó de veras. Se quedaron en la superficie y en la superficialidad. Ahí es donde uno sabe quien es amigo, quien un conocido, y quien uno más que se saluda y se olvida de inmediato. Uno logra callar y tomarse su tiempo para entenderse a sí mismo y a los otros, argamasa de lodo universal de la naturaleza humana en la tierra. Pero, hay gente buena. Y eso vale.—

4. Como cura Jefe (osteólogo) de los huesos que podrían ser candidatos a santificación, tomé unos huesos y jugué con ellos como si fueran bolillos de golpear tambor, cosa que no podía creer la señora de la primera fila que atenta seguía la obra. La vi persignarse. Por eso supe que mi trabajo estaba bien hecho.—

5. Terminé la temporada con sabor a paz en mi conciencia. Lo que veía venir era como un trailer que me chocara de frente y todavía me dejara quebrados los huesos del alma. Lo que sea que ha de venir, que venga. Es mi desafío permanente a lo que sea.—

1995

La batalla de Rivas, de Jorge Arroyo Dir. Manuel Ruiz Estadio Alejandro Morera Soto. Alajuela

1. El Director escénico me pidió permiso para utilizar completa la escena de la batalla de mi obra “Los Nublados del Día” en esta puesta masiva y amplificadas. A eso le llamo inteligencia y cooperación entre colegas y amigos. Uno piensa en el espectáculo del momento y la importancia que su imagen puede lograr en personas

mayormente adictas y succionadas por la chupeta electrónica de la televisión. El montaje fue realmente hermoso.—

2. A lo largo de mi vida he tenido la oportunidad de conocer muchas personas ligadas a la actividad política. La gente se muere por fotografiarse con algún político (tengo la leve impresión que las mujeres son más sutilmente corruptas que los hombres; dominan por donde oran). No le huyo a la cámara, solo que a veces, como acto reflejo mi cuerpo en tarro completo se esfuma de las fotografías mientras disfruto del calor humano de ser social que a veces se comparte sin cálculos ni retorcimientos.—

3. Cuando uno menos lo espera, surge la oportunidad familiar. El sábado previo al estreno, se ensayó toda la tarde en la cancha de fútbol del complejo Monserrat, en Las Cañas, Alajuela. Sorpresivamente, llegó mi esposa Mary con nuestro hijo David, canasta de picnic. En uno de los descansos, nos dimos el gran almuerzo al aire libre, en una tarde esplendorosa. Hay días en que uno puede afirmar sin ninguna duda: —“¡Qué bella es la vida en familia!”—

4. Me senté a mirar la cancha de fútbol donde el director y asistentes ensayaban escenas de masas. Buen clima, excelente vista, descanso apaciguador del estrés ciudadano, agua fresca a la mano, bocadillos de atún, lechuga y tomate con aderezo. Otras delicadezas culinarias... y repostaría de chuparse los dedos. ¡Qué más regalo del cielo...!—

5. La función de gala se dio en el Estadio Alejandro Morera, Alajuela. La única cancha para practicar ese deporte que vale la pena llamarse así en Costa Rica, por su dimensión y su gramilla natural. Entre la concurrencia, sin entender ni pío, pero presidente de nuestra querida república de sandios, estaba parte de su gabinete y otros buzos de la caca oficial. En escena me preguntaba, ficción dramática que indicaba la conocida “batalla de Rivas”, si el esfuerzo de aquellos costarricenses valió la pena, porque teníamos un sinvergüenza rodeado de chusma y mafiosos como conductores de la patria, o lo que quedaba de ella. Supuse que la respuesta la encontraría con el correr de los años.— Posdata: había una vez un lejano país de fantasía donde un expresidente de

la república se enriqueció ilícitamente cobrando un millón de dólares contado, suma similar a la de dos de sus compinches –un hombre y una mujer, se fue para las europas, huye de la justicia ética y moral y no volverá por su tierra natal porque tiene tres nacionalidades... mafia, dinero y sangre de inocentes que mueren de hambre mientras sus bolsillos están llenos de corrupción. ¿Y Dios, dónde se metió? Para los que creemos en un Ser Supremo, habrá justicia. El cuando ya es otro cantar. La justicia divina es diferente a la que practican los seres humanos.–

1995 - 1996 - 1997

Crimen, champú y tijeras, de Paul Pörtner
Dir. Marcelo Gaete
Teatro La Comedia

1. Uno de los actores quería ir a Chile, traer a su anciano padre al país, estar con él y disfrutar de su compañía en unas sentidas vacaciones. Era una sustitución temporal. Luego él volvería al papel. Yo acepté. Lo que menos podía imaginar era su estado de salud terminal. Murió poco tiempo después. Uno de los compañeros dijo haberlo visto por el pasillo. Después comenté – con la mayor naturalidad de lo que a mí me constaba – que yo lo había visto en dos ocasiones, de gabardina, inspeccionando. Posiblemente llegó a cerciorarse de que todo estaba bien; luego habrá seguido con su ciclo en otras esferas espirituales.–

2. Es curioso, pero uno sabe que salió de la casa, nadie sabe si volverá. Uno de los compañeros era perseguido por cierta colegiala, que a su vez era uña y carne con otra. Nos hicimos amigos y de tanto en tanto conversábamos, cómo no hacerlo, si llegaron catorce veces a ver la obra, o a verlo a él. Unos meses después una de ellas (Elke) murió en un accidente de tránsito, carretera a Limón. Juventud desperdiciada por exceso de velocidad. Todavía no me pasa.–

3. Díganme qué hacer. En el piso del camerino seguí quedamente a una hormiguita. Creo que hasta nos hicimos amigos. Entró uno de los compañeros y la aplastó con la suela de su zapato, mientras me preguntaba... – “Maje, ¿en qué estás pensando?–

4. Un delicioso compañerito me pidió dinero prestado para comprarse una pizza. Un mes después, viendo que no me devolvía el dinero, le dije que si podía prestarme dinero porque necesitaba ir a comer, a lo que inmediatamente respondió con un pidámosle a fulano y comemos los dos. Sin lugar a dudas, había perdido mi dinero. Lo que no recuperé por abuso descarado de confianza y premeditación para vivir a costa de los demás, lo perdí. En días futuros invertí en poner un muro que separaba dos actitudes. Saludo y trabajo, no más. Al pizzero en cuestión que se las pague otro, que yo, ni por invitación. Tengo vergüenza propia y el bolsillo herido y sangrante.–

5. Hay gente descarada, hay gente iluminada. Hay gente que no tiene luz porque se la cortaron antes de nacer, y otros más humildes luchan a diario para forjarse un futuro; me quedo con estos últimos. Pero hay gente con suerte, contra eso no hay nada que hacer, salvo marcar la cancha de juego donde uno se involucra y tomar constantemente distancia.–

1996

El gran sapito, de Lev Ustinov
Dir. Rafael Sandí
Teatro Melico Salazar, colegios y comunidades

1. Entré al elenco por sustitución, para interpretar el personaje protagónico (El León). Al final de la representación, el León caía dentro de un pozo, de ahí lo sacaban. En una función en el Teatro Melico Salazar, inspeccioné el hueco con suficiente cuidado. Cuando me tiré, casi me quiebro todas las costillas. El mecanismo había sido movido para “mejorar” la protección del actor, solo que a mí no me avisaron. Chispas del oficio y cabronadas de comunicación que alguien olvidó.–

2. Trabajar con niños es una experiencia indescriptible. Cada función es una aventura y un desafío. En una función en Limón, hubo que improvisar el hueco del pozo donde caía el León. Los niños derribaron las paredes (afore) para ver el estado en que había quedado el pobrecillo

“rey de la selva”. Tuve que improvisar y aguantar improprios de los mocosos, que se divertían a mares.–

3. El teatro para niños ha sido una de las más grandes satisfacciones en mi carrera artística. Mi corazón rejuvenecía, yo era niño de nuevo. Al terminar cada función, tenía que salir a la realidad de la vida.–

4. La necesidad es la madre de cada cual. Llegábamos en la mañana a dar función en el Teatro Lucho Barahona. Unos puntuales, otros impuntuales. Unos, cargábamos y descargábamos. Otros siempre tenían algo que hacer y partían casi de inmediato. Cierta mañana, dejé de cargar y descargar. Pretexto: tenía lumbalgia mecánica. No podía levantar ningún peso, mucho menos a los vagabundos de siempre con nombre y apellido.–

5. El director de la obra tenía un vehículo de carga pequeño para labores de gira con sus obras de teatro. Se estacionó en la acera del teatro para descargar muy rápidamente. Cayó un oficial de tránsito y le hizo el recibo de multa, obligándolo a mover el vehículo so pena de pasarlo a la grúa y a la bodega de vehículos decomisados. Por más que le dio explicaciones al oficial, no hubo manera. En la misma calle, en la misma acera, otros dos vehículos hacían de las suyas y el oficial no los vio. Se le dijo, no escuchó. Revisamos calles aledañas y era la misma situación de caos. Conclusión de aquel día, al que le toca un mal día, la ley le cae con su injusticia, aunque tenga razón, pero todos deberíamos ser iguales y ser juzgados con la misma vara. Por eso no creo en las propinas ni en los favores. Uno debe hacer lo correcto.–

1998

Penélope y los vicarios corriendo, de Philip King

Dir. Marcelo Gaete
Teatro La Comedia

1. Justo en este montaje descubrí que tengo una capacidad histriónica muy mía, un carácter para la comedia efectivo, una relojería técnica que debía pulir. Lo logré.–

2. El personaje de uno de los compañeros y el mío debían encontrarse frente a frente, cada uno en respuesta a la situación del momento. Pues bien, nos encontramos frente a frente, nos miramos con cara de no sé qué, y reímos y reímos y nos reímos de lo idiotas que parecíamos. En toda la temporada, esa breve unidad de mimesis constituyó un éxito.–

3. Una de esas tristes y nostálgicas noches de función, cuando el público se queda en cualquier otro lugar de la urbe vaporosa, tal vez un bar o un parque, hicimos una excelente función. La poca audiencia la disfrutó y aplaudió hasta sudar las manos. En general, cada uno de los compañeros se sentía bien, estábamos gozosos de aquella efímera empatía total. Esa noche llegué a mi casa, busqué la botella de vino tinto que a veces tengo de reserva y de sorpresa... Me la escurrí en el gaznate con placer inaudito. Arranques que tiene uno, – me dije al día siguiente.

4. Saludé con gran cordialidad a una de las actrices, la cual me reprendió por el abuso de proximidad. Opté por ignorarla el resto de la temporada. Los problemas de la casa, son personales y no deben traerse al teatro. Menos la neurosis hormonal para retortijones sentimentales.–

5. A veces soy clarividente. No entendía una escena ni lo que se nos pedía. Escuché lo mismo de otros dos compañeros. Bueno, es demasiado fácil, – acotó el director. Ustedes tienen la página equivocada, porque el director es el director y no puede equivocarse. Todos reímos con gran camaradería.–

1998

Se infiel pero mira con quien, de Chapman y Cooney **Dir. Alonso Venegas** **Teatro La Comedia**

1. Al final de la obra tenía que darle una impulsiva nalgada a una de nuestras compañeras. La verdad, me costó mucho dar el primer paso. Pero durante las funciones regulares pude notar la presencia de un caballero que vino varias veces – lo cual siempre se agradece porque es una entrada que se vende–. Como me di cuenta que se moría

de las ganas por estar en mi posición, habida cuenta que solía ocupar la misma butaca, pues... en esas ocasiones aproveché para nalguear con el encantador placer que me daba ser el elegido.–

2. La naturaleza humana es lo más insólita e increíble que uno se pueda imaginar. Tres compañeros teníamos que mirar por la rendija de la puerta a nuestra anfitriona, preparándose con ropa íntima para ir a la cama (todo muy teatral, por supuesto). Pero los tres disfrutábamos como chiquillos ansiosos aquel goce femenino y la malicia que mueve a fantasear los hilos eróticos, ambas partes cómplices, provocándose mutuamente.–

3. Confieso que soy muy tímido para escenas de contacto físico con las mujeres. Necesito tiempo interior y sentir que hay una correspondencia similar. El director me reprendió severamente por la manera absurda como volcaba a mi compañera y quedaba encima de ella en un sofá. Preferí guardar silencio ante la extrañeza de mi querida compañera y amiga – excelente profesional – que seguramente esperaba una explosión de apetito en escena.–

4. El oportunismo en escena no va conmigo. Creo en el trabajo y en la ética profesional para obtener mejores logros individuales y colectivos. En virtud de lo anterior, escuché con atención inusitada el comentario que me hizo una colega – ajena al elenco – cuando me decía que había probado muchas cosas en ensayos, camerinos y fuera del teatro. ¿Y? – Le pregunté con cara de idiota. Hací lo que tengás que hacer, no quedará rastro de lo que no se ama de verdad. – Me miró y dio tiernamente un abrazo.–

5. Ocurrió en tono de pregunta lastimera a la entrada del teatro:

– Tenés una monedita para tomarme un café. Antes pedía para tomar licor, ahora no. Mirá, – le respondí sin darle tiempo para pensar – aquí hay trabajo. Hay que limpiar pisos, destacar el inodoro, acomodar cosas. – Yo soy pobre pero sé donde estoy parado, ¿me entiende? Si no quiere ayudarme para que tome café, no me ayude. – Y se fue indignado, pariendo sapos con su enfermedad de ocio vicioso.–

1999

Humores que matan, de Woody Allen

Dir. Marcelo Gaete

Teatro La Comedia

1. Por lo general, en tiempo de ensayo, los actores nos damos un día libre a la semana para descansar o estar con la familia. Cerca del estreno de esta obra de Allen, necesitaba urgentemente repasar una palabra que siempre me daba problemas de ritmo porque me quedaba trancado; el director me repetía incansablemente, esto no es tragedia, es un tipo de comedia con su ritmo. – Miguel, no te quedés. Y yo no me quedaba, estaba consciente del problema actoral. Una palabra, una maldita palabra. El autor es un neurótico de mierda, me repetía una y otra vez. Me contagia y eso no puede ser. Unos días antes del estreno, iba presuroso para el teatro, con tiempo, pero urgido porque a medio camino se me desataron unas terribles ganas de orinar. Por fin, llegué. El baño sabe de mi respiro. No había nadie del elenco. Salí a la acera a disfrutar de la ciudad contaminada, y para mi asombro, vi en el cielo una enorme frase que decía “SIN PAUSA”. En eso escuché la voz del director que me decía: – El ensayo de hoy es un poco más tarde. Te dejamos el recado en la contestadora de tu teléfono. Estamos montando la escenografía. Volví a mirar el cielo y solo acerté con la contaminación visual de tanta basura colgando las novedades de la sociedad de consumo.–

2. A un paso de ingresar al teatro, uno de esos personajes típicos de nuestro ingenio popular, me reconoció como actor de la obra en cartelera, pues la marquesina tenía una foto que me mostraba. En tono de buenos amigos y colegas, me dijo: – Yo también soy actor. Solo que mi teatro es la calle de la vida. Suerte, compa. Y me tendió la mano, sucia, callosa y sufrida. Le devolví el saludo, la mirada directa a su rostro, y un sincero deseo de que a él también le fuera bien, como colega y hermano del alma.–

3. Avanzábamos en la temporada como la luna creciente, cuando ML, la más hermosa de

nuestras compañeras, al final de la representación se hizo un nudo de pajaritos blancos y piquito de inocencia y virtud de flor en su almíbar primaveral, expresó espontáneamente – una línea no contemplada en el libreto ni en los chispazos inconscientes que a veces se dan durante el periodo de ensayos. – ¡ME VINE!... ¿Qué imagen se habrá hecho el público? Cómo saberlo. Mis compañeros aguantaron instantes de gloria en su goce antes de la explosión, pero se les salía. Yo cargué de aire mi vientre y me sostuve lo que pude, usando el viejo truco de los tres cuartos pero de espaldas al público. Eso me salvó y quedé con cara de idiota. Adoro a mi compañera desde el primer día que la conocí, una persona exquisita con la que a ojos cerrados me casaría. Al terminar la temporada extrañé su ausencia. Imágenes y recuerdos que quedan para darle a nuestra soledad sincera y fantasiosa compañía.

4. Durante un ensayo, resbalé y caí de espalda contra el piso del escenario. Me hice el muy hombre y hasta sonreí. Lo que no supieron mis preocupados compañeros fue que necesité un mes de tratamiento médico. Sigue siendo un enigma para mí eso de los resbalones en piso bien puesto. Aunque mi teoría coincide con la del zapato... si vas a resbalar no me anunciés, cariño, se pierde la sorpresa y el efecto. A pesar de la cuenta médica posterior. Creo que hay mucho de orgullo de por medio.–

5. ¿Es usted el del teatro? – ¡Disculpe...? Supuse que era otro día surrealista. – Sí, el que sale por el periódico. Es usted. Lo felicito, trabaja muy bien. Yo veo muchas películas y Vídeos. Nunca voy al teatro porque no me gusta mucho, prefiero ver fútbol. Felicitaciones a sus compañeros también. No acerté ni una. Igual de surrealista cuando apareció, surrealista desapareció. Cada loco con su tema, decía mi madre.–

1999

**Crónica de una muerte anunciada,
de Gabriel García Márquez**

Versión Euclides Hernández y

Luis Carlos Vázquez

Dir. Luis Carlos Vázquez

Auditorio Nacional. (Museo del Niño)

1. Este montaje me recordó que muchos son los llamados a la escena, están un corto tiempo en el juego, y sin muerte anunciada, desaparecen. Hicieron la experiencia de su vida. Otros pocos son los que llevan la carga de la continuidad de las artes escénicas.–

2. Despistado, fui a parar al Parque La Sabana. Resultó que unos compañeros motorizados me ofrecieron llevar en su ruta. Ignoro por qué, me sentí agradecido y contento. Entré en el auto, disfrutamos los chismes, chistes y tonterías de compañeros en tales circunstancias. Cuando me bajé, no recuerdo. Por qué, tampoco tengo memoria. Ese día sincopado llevaba un mínimo de dinero. Así que tomé conciencia de la situación, tomé un taxi, le dije que me llevara al centro de San José hasta que se agotara la exigua suma. Así lo hizo. Me dejó frente al parque Braulio Carrillo, SITA frente a la entrada administrativa del Hospital San Juan de Dios. A esas horas de la noche me atacó un “zanate”, o dicho en el argot tico, un nica disfrazado de pájaro cagón de mal aguero. La manada venía detrás. Como los enfrenté, dieron marcha atrás. Empecé mi camino a casa, a pie. Mientras me alejaba, podía escuchar el escándalo, que traducido al idioma vernáculo nuestro, decía más o menos así: con ese no se juega y mejor nos callamos. La verdad, yo estaba dispuesto a todo.–

3. Al final de una de las funciones sabatinas, justo a la entrada del Museo, tropecé con una dama. Luego de darle mis más sentidas disculpas, ella me invitó a comer. Yo era un hombre casado, ella una desconocida, pero con buena pinta, buen carro y buena plata. Nos fuimos a comer. Debo decir que la velada estaba sensacional, hasta que vi el reloj marcar las doce de la noche. Parece que la dama en cuestión tenía otras intenciones seductoras conmigo, pero a las doce de la noche, fui un perfecto caballero y la abandoné. Nunca más la volví a ver en los trances infranqueables de mi vida.–

4. No lo acepto, tampoco lo niego. En síntesis, los sueños dicen verdades y el teatro está para soñar y vivir realidades. Cada quien haga sus numeritos y juegue leyendo teatro, yendo a ver obras de teatro. El teatro de su vida es otro.–

5. Un día o noche de tantos, cansados de ensayar, en uno de los camerinos, como por necesidad del inconsciente colectivo, uno cantó, el otro hizo palmas, aquella movió el vientre, los pies golpeaban en el piso, ropa iba y venía entre sudor del ensayo y ganas de irse a la casa y tomar un baño, comer, lo que fuera, pero salir de ahí. La fiesta duró como quince minutos de carnaval indomable y alegría que hacía rugir la pasión por la vida, a pesar de todas las penurias y los malos gobiernos.–

2000

El patio de atrás, de Carlos Gorostiza

Dir. Manuel Ruiz

Teatro de la Esquina

1. Llegué presuroso al teatro. Supuse una hora diferente y era tempranísimo. Me largué y regresé más tarde. El “cuidacarros” de la cuadra me indicó que él me cuidaría mi “carrito”. ¿Cuál? Yo no tengo. – Le dije. Para cuando tenga. – Replicó gentilmente –. Yo cobro el mes adelantado... Definitivamente, buen humor. ¿O lo habrá dicho en serio?–

2. La noche siguiente llegué al teatro en un auto prestado. Me senté a descansar en el borde del caño, cómodo y tranquilo. De repente, un par de soberbias piernas femeninas se me acercaron. No tuve tiempo de mirarles el rostro, porque recibí tres monedas. Es para café. – Escuché la voz de aquel cuerpazo que se alejaba –. No lo gaste en licor... Y se perdió en la recta de la calle abajo. De hecho, me tomé un café con leche caliente y me cayó de maravilla.–

3. Ese mismo fin de semana llegó un familiar a ver la obra. Al terminar la función me esperó, me pagó un billete que me debía. Estaba de prisa, así que se retiró de inmediato. Acto seguido, me dieron otro billete. Una señora que comentaba con su acompañante algo del tinte que le habían hecho esa tarde, me dio unas monedas (cantidad nada despreciable para un “cuidacarros”). Y todavía hay quien dice que esas cosas no pasan. El “cuidacarros” apareció después y me preguntó si yo era nuevo, porque esa cuadra era de él.–

4. Varias noches seguidas y el rin rin de un grillo. Busqué y no encontré. Me olvidé con los ensayos. El grillo o lo que fuera igual se olvidó de mí.–

5. La pregunta fundamental del teatro volvió a revolotearme durante unas pausas que tenía mi personaje: – ¿por qué? Como si me oyera los pensamientos, un coro gregoriano me cantaba en la coronilla sin remedio de mis años idos juveniles... cuando uno ingresa a estudiar teatro hace votos de pobreza, al menos en Costa Rica.

2001

Este año inició marcado por la enfermedad terminal de mi esposa que se la llevó el 6 de agosto, 2001. Estamos hechos de la materia que abre y cierra ojos en un parpadeo, así en la vida como en la muerte. Dentro de las circunstancias, tuve que desistir de varios proyectos como actor de teatro. También tuve una buena oferta como actor en cine que se fue con mis lágrimas. ¡Qué año, qué vida, que dura la cuesta que vi ante mi atribulado corazón. Al mal tiempo de lágrimas, buena cara.–

2002

Crimen, champú y tijeras, de Paul Pörtner

Dir. Marcelo Gaete

Teatro de la Esquina

1. Mi política personal es la de no participar en reposiciones de un montaje en el cual ya participé. Esta obra fue la única excepción. Se fue a pique lentamente, sin pena ni gloria. Habría que estudiar las causas objetivamente, aunque, tengo comprobado que mi olfato político es la mayor de las veces, correcto.–

2. Muy cerca del Teatro de la Esquina, tan cerca que debería ser parte del teatro, hay un bar, local pequeño, donde con costos caben cuatro salchichas pero le meten veinticinco tomadores. El hacer teatro constituye un esfuerzo titánico, me consta. El bar siempre está a reventar, una verdadera mina de gatos de oro. Si convirtiéramos el teatro en bar, pronto y sin ningún problema, nos haríamos ricos. No hay dilema, el espíritu del arte

gratifica diferente. Seguiremos el camino de los bolsillos vacíos.–

3. Los gatos son sensacionales. Una noche se oía a uno de los mininos maullar. Imagínense toda la función con un gato en celo, miau que miarrau. No recuerdo cual de los compañeros, preocupado porque ya íbamos a comenzar, le gritó: – ¡Silencio! La función va a comenzar. Lo único cierto es que durante la función, el gato no se volvió a escuchar. Hasta el aplauso. Luego hizo de las suyas. Simpático gatito.–

4. Los sábados traen sorpresas, como la de uno de los sábados; yo miraba por el enorme ventanal hacia la calle... esquina de poste y luz encendidos... tres muchachas buceando la oportunidad de fiesta y sueldo. No parecían prostitutas, no dejaban de parecerlo. Salí a probar suerte de amigos, puesto que pronto tendría que dar función. Ah, vos trabajás en ese teatro. – Me dijo una de las encarnaciones del pecado. Sí, le respondí. Lo mismo que ustedes. Yo no hago teatro. – Dijo el más pequeñito. Estoy de juerga con este par de putas. ¡Viva la birra! – Conmigo te callás. Agregó el tercero. Vos te divertís mientras yo trabajo. ¡Taxi!... Acera libre, calle trasnochada, noche sin orquesta y la función reclamó mi presencia de hombre alimentado por los sueños de una humanidad sin vicio. Imposibles al alcance de la mano.–

5. No basta con la intuición para subir a escena una obra. Todo tiene su lado en la espera del ciclo favorable. Ignorarlo es llevarse un revés de previo innecesario.–

2003

Mi marido se llama Pamela, de Eduardo Zúñiga Dir. David Rivera Teatro de la Esquina

1. En algunas ocasiones hacía el trayecto de la casa al teatro en el pequeño vehículo de carga de mi hermano. Un simpático personaje de nuestra ciudad se asignó el trabajo de cuidar los vehículos y cobrar por él, según el cliente. Conversé con el amigo y entre línea y línea me enseñó varias licencias que lo autorizaban a

conducir autobuses y otros vehículos pesados. Ciertamente, lo conocían como un excelente chofer y un bebedor empedernido, según él, porque las mujeres habían sido su ruina. Bueno, – le dije – ¿por qué no busca trabajo en algo fijo que le permita mayor ingreso? Sus licencias se lo permiten. Viera que no me interesa, – me replicó. Ahora cuido carros por mi cuenta, todo el día, en diferentes cuadras, y las licencias me dan seguridad. Por eso las mantengo al día, para no perder training. Nos hicimos amigos de temporada teatral, eso sí, cada uno en su onda.–

2. La ubicación del teatro en una esquina le da cierto aire cosmopolita, esto porque todo el mundo está de paso, transeúnte de sus monólogos en voz alta sin que uno logre cuadrar cuál es el asunto de fondo. La gente viene y pasa, uno mismo, llega y no está. De tal suerte, que un caballero, con cierta educación impostada, preguntaba en inglés si alguno sabía hablar esa lengua. Mis compañeros se hicieron los desentendidos, o entendían más de la cuenta. Pero yo no pude ser tan descortés y le respondí en claro español que aquella noche, por ser de luna llena, solo se me permitía hablar en español o en “kiriay”. El sujeto levantó la mirada, repasó la claridad de la noche y en perfecto español pidió que le ayudaran económicamente para tomar el bus que iba a otra provincia, donde él vivía. La respuesta grupal fue de ingeniosas evasivas. Volvió a mirar hacia arriba y en un segundo le cayó a otro transeúnte. Picada su curiosidad, una de nuestras compañeras me preguntó: – Miguel, ¿dónde hablan “kiriay”? Suena como polinesio. Efectivamente, – contesté con cierta ingeniosidad pícaro. Poli es igual a muchos. Y necios... La trampa seductora de la luna llena.–

3. Cuando estoy en temporada teatral no me gusta preguntar ni saber cuánta gente llegó a ver la función, pero siempre hay alguien que trae números y comentarios. Uno de los métodos más usados es mirar a hurtadillas por algún huequito – invisible para el público –. En este montaje me contagié. Hecho, en la última función me conecté mentalmente con una hermosa mujer, que sentada en primera fila, con las piernas cruzadas, mostraba el candor de la naturaleza como ángel sin malicia. Otra cosa muy distinta somos los humanos,

mitad carne, mitades y mitades. Aquello estaba goloso. Nada, terminó la función y cerró la temporada. Esa misma noche, mientras medio dormía entre revolcones y cobijas, la vi. Plantada frente a frente, le dije: – No soy hombre fácil. Ya he vivido lo suficiente para no confiarme de ninguna mujer. Y ella, más tierna y furtiva que nunca, me contestó: – Algún día me conocerás y te volverás loco.–

4. A los veinticinco metros de donde quedaba el teatro había un bar. El local era pequeñito. Siempre estaba lleno y vendían licor como por desague de paredes. Una noche de viernes hicieron una fiesta de las que llaman a beber hasta morir. El sábado en la noche cuando llegamos para dar función todavía quedaban quince cajas de cerveza en la acera, un par de traseros en regular estado, basura que ni se diga en relleno del caño, el local donde no cabía ni un alfiler emitía un aureola de gases a cigarrillo, marihuana, polvo virgen y éxtasis, como mínimo en drogas. Hicieron tanto dinero en una sola noche que pudieron haber comprado toda la cuadra y el parque cercano. Pero en convicciones, el teatro cumple una función social transformadora, aunque no logre nada. Solo el intento vale para creer que no todo es la boca del infierno y la codicia sin límite de los comerciantes y los espíritus descarriados que se creen en el paraíso mientras la drogadicción consume sus mejores valores y años de la juventud.–

5. Lo que mal comienza, mal termina. No hubo calidad artística ni oficio en la propuesta del texto, de la producción y de la dirección. Pero, de lo bueno, malo, feo, peor y cuantos epítetos se le rotulen a un montaje, trato de obtener lo positivo. Agradecido con la vida, con nuevas experiencias enriquecedoras de conocer más el alma humana y entenderla menos, terminó la temporada y en mi casa saboreé un chocolate caliente con pompas espumosas de su fuero interno. Eso sí sabía a lo que debe saber el teatro.–

2004

Rinocerontes, de Eugene Ionesco

Dir. Lorenzo Quinteros

Teatro Nacional y Compañía Nacional de Teatro (Teatro de la Aduana)

1. Ciertos ticos mueren por lo extranjero. Ciertos extranjeros viven de los ticos. Los ticos están felices de la monada y dejan que se los bailen a ritmo de lo que venga. Lamentablemente, las mujeres han sido plato fácil. Lo digo con respeto, envidia y dolor. Al revisar el producto artístico, que es lo que finalmente cuenta, se puede comparar que no hay tales genios extranjeros que un nacional no pueda hacer con los mismos recursos que se le asignaron al visitante, pero es de la máxima importancia traer de tanto en tanto alguno de estos meteoros que cobran en dólares y tienen buena labia.–

2. En uno de los recesos de ensayo vi a Graciela Moreno – la anterior Directora del Teatro Nacional, fallecida hacía unos seis meses –. Cuidaba como un ángel guardián el portón principal de ingreso al atrio del teatro con una espigada bandera blanca. Me miró, intercambiamos unas palabras. Luego se fue a las mansiones del alma. Dios sabrá.–

3. Mi participación alcanzaba solo el primer acto de la obra. La restante hora y media de reloj debía esperar en el camerino, o por ahí, para el saludo final. Bastante tiempo para los ingenios del ocio. Entre corrillos me enteré que el mejor amigo del hombre es el perro, el mejor compañero del hombre es el ron, pero embotellado. Una perra se confundió de perro y fue la perrada. El titular reclamó, a lo que la puerca perrita, le preguntó: – ¿Me dais otra chancecito? Te juro que seré virgen contigo.–

4. Una de las figurantes con sus ojos parecía decirle al director argentino invitado a dirigir esta obra... Caerás conmigo. Y cayeron entre redes informáticas. Lo que la indómita amiguita no sabía

era que el caballero cayó con más de una. Suerte del tipo. Yo algo vi algo escuché como fuente primaria. Suerte de unas que yo no envidio.–

5. Siempre hay algo que aprender, como que se puede tomar café frío y decir que está muy bueno. A quien esto le pasó, equivocó el recipiente. Lo que es la diplomacia, tomar agua fría en lugar de café caliente.–

2005

Casa por cárcel en la High Class, de Greivin Valverde Dir. Greivin Valverde Teatro La Comedia

1. La verdad, rechacé una excelente propuesta protagónica en un teatro de los llamados oficiales; en su lugar, escogí esta obra y la propuesta teórica para llevarla a cabo, aunque el director todavía carece de oficio para crear el objeto verdaderamente artística. Creo que la obra toca una patética realidad costarricense que no queremos ver ni mucho menos indagar críticamente. La pieza nos muestra la trama de corrupción de un candidato casi en el sillón presidencial, y él, el más corrupto de todos. La pretensión de la obra es en serio, su tono de sexy comedia utiliza elementos muy teatrales que acercan al público a las salas de teatro. Siempre fui honesto con mi hacer artístico al interpretar la obra dramática de otros. Aquí elegí por los que a pesar de sus limitaciones se apasionan y entregan a la escena; dejé de lado a los que calculan sus ingresos personales, viajes de intercambio teatral y potenciales premiaciones nacionales e internacionales. Obra de autor costarricense donde el subtema se comió al tema. Se dieron 101 funciones. Estoy satisfecho con la elección que hice.–

2. El día sábado 11 de diciembre, 2004, cumplí cincuenta y dos años de edad. Los compañeros del Teatro La Comedia – en una velada general – me regalaron un hermoso barquito “trawler” con sus aparejos. El mar siempre me ha llamado, pero no tengo sangre de marinero. Por supuesto, previamente me cantaron “Cumpleaños

Feliz”. Definitivamente, somos seres sociales. Y sociables. Gracias.–

3. En uno de los ensayos antes del estreno oficial, se me hizo un blanco formidable. Me roncaba la palabra “guerra” y no pude acomodar mi computadora de “natura cerebral” al contexto escénico. Revisamos mi palidez mortal y todo transcurrió con la normalidad esperada. ¿Qué pasó? La obra no trata ni menciona dicha palabra. Creo – me he dicho – que capté una zozobra universal de la raza humana; un instante lleno de angustia existencial pudo más que la vitalidad de mi tarea escénica.–

4. El día lunes 3 de enero, 2005 llegué al Teatro La Comedia a las 12.55 p.m. Supuestamente tenía ensayo a las 13 horas. Había sido el día anterior, domingo. Yo juraba y rejuraba que lo tenía anotado correctamente. En efecto, lo anoté en el libreto de ensayo para el domingo 2 de enero, 2004. Me puse a pensar... Caramba, lo que son las traiciones de la mente con el queque navideño y tres kilos de panza más a punta de tamales de fin de año. Y ahora, qué digo. Nadie me creería, así que rogaré perdón por tanta masa – grasa cerebral. Posdata: no hubo ensayo por razones técnicas dentro del teatro. ¡No había ningún ensayo!... ¡Qué ironías nos da la vida!.–

5. En la madrugada del día 11 de enero, 2005, el productor ejecutivo de la obra, Adrián Ramírez, sufrió un infarto cerebral. Los médicos pronosticaron lo peor y posteriormente falleció. Curiosamente, ese mismo día en horas de la mañana, cerca del Estadio Alejandro Morera (Alajuela), camino a una visita de amistad y trabajo donde el colega Manuel Ruiz, sufrí un accidente de tránsito realmente aparatoso. Me brinqué un alto y golpeé tres autos. El mío quedó a mitad de su valor. No encuentro explicación del accidente. Los testigos presenciales, tampoco. Lo del ALTO no es la verdadera explicación. Pero siempre hay una explicación de fondo en las leyes de causa y efecto. Estoy vivo, no causé ninguna desgracia personal a otros y agradezco al Creador esta nueva oportunidad de vida y realización, a pesar del endeudamiento. Yo fui el causante, yo pago.–

2005

Romeo y Julieta, de William Shakespeare**Dir. Luis C. Vázquez****Producciones La Joya – Compañía Nacional de Teatro – Teatro Melico Salazar**

1. Lo que tiene que pasar, pasa. He pasado por una acera durante años, sin ningún incidente que recordar. Pasos de porte sereno para brincar a la calle con su violencia y tráfico urbano. Yo caminaba como si nada, con buen tiempo para llegar al ensayo. Y ¡zaz! Un hermoso perrito me mordió detrás del llamado “talón de aquiles” derecho. Dos soberbios y profundos colmillos fueron a dar con mi humanidad en un filosófico y sangrante – “¡jueputa!” El can era cenizo con manchas negras, realmente agradable en su color, pero no en su actitud traidora. Averigüé la casa y el dueño. Durante varios días intenté llevar las cosas por el camino del diálogo, pero no hubo manera. Así que fui a la estación policial más cercana y denuncié el hecho. Estuve quince días mal, con el pie y la pierna hinchados. Tuve que sufrir el tenaz barro de una inyección antitetánica. Y otra semana con calentura. El oficial a cargo me indicó que al hacer la denuncia formal el Fiscal de turno pediría la ejecución del animalito. Medité varios días. Con un vecino averigüé que el dueño al dueño de la casa lo habían despedido de su trabajo, estaba en una terrible crisis económica y había perdido la casa. El pobre perro estaba abandonado; de la buena vida pasó a la vida de perros callejeros. Así que opté por seguir utilizando la misma vía pero en acera de enfrente. Del otro lado, el perrito no haya qué hacer, gruñe y maldice su perra suerte, pero yo, pata previsor, decidí darle la oportunidad de vida que todo ser vivo se merece. Después de todo, estamos expuestos a los avatares del destino. Hoy sabemos de nosotros, mañana podríamos caer en desgracia. Lo siento por el animal; la pierna mía seguirá su marcha indeleble hasta que Dios quiera.–

2. Esa calle con sus dos aceras una frente a la otra, tienen historia de accidentes de tránsito, asesinato y violencia de borracheras en verano y en invierno. Justo al llegar a la esquina, escuché la bocina de un auto que paró,

invitándome a entrar. Atiné a mirar con recelo bestial y descubrí a uno de mis compañeros de ensayo. ¡Qué salvada! Acababa de descubrir que yo había usado el día anterior un viejo pantalón para ensayar y tenía un tasajo entre el trasero y la base de la nalga que podría invitar a fantasías degeneradas. Me salvé del chiflón, – le dije. Anduve por vía pública en pleno día con aquella línea oscura de piropos que hasta entonces no había entendido. Esa misma noche, ahí mismo en el propio lugar del ensayo, el basurero enriqueció su banco de deshechos.–

3. ¡Cómo! Hemos ensayado en el edificio del Museo de la Aduana, en estos días remozando su patrimonio arquitectónico. Un hueco enorme donde preparar “Romeo y Julieta”. Las palomas son unos animalitos dulces y cariñosos, con unos gorjeos que acreditan su reproducción en masa casi al instante. En buena higiene, cuitean permanentemente y sus heces hieden hasta el punto de provocar enfermedades y otras gracias, como la que me regalaron. Una de las compañeras me señaló el trasero, a lo que pensé: – Hum, vos también estás para comerte–. Por el olor, las miradas y sonrisitas de otros compañeros supe que me había sentado en un plato de excremento. Lo demás es fácil de adivinar. Es que no te pudimos advertir porque te sentaste muy rápido, Miguelito. – Me consolaron solidariamente.–

4. La hora de la verdad es que los actores estamos solos en escena. Una efectiva preparación debe producir un resultado eficiente del personaje durante el desarrollo de la acción dramática. En lo personal, nunca me preparo para un elogio, sino para enfrentar la esencia de mi participación en cada proyecto.–

5. Un elenco de treinta y tres actores / actrices permite dialogar de muy diversas maneras. La naturaleza humana, generaciones y generaciones en movimiento y búsqueda, nos permiten comprendernos mejor a nosotros mismos. Nos enamoramos de vivir, aún en los fracasos. La muerte nos recuerda que también debemos estar preparados para lo que no podemos controlar, fuerzas y decisiones que toman en sus manos nuestro adiós. Hay que saber vivir; hay que saber morir y dejar el campo a otros eventos cuya bandera es alegría en el espíritu.–

28 de diciembre, 2005**Cada tiempo lo suyo**

La fecha de retiro como actor de teatro se acerca, según el concepto y la escala con que lo midamos en nuestro reporte del tiempo. A veces, aunque duela en lo más intenso de nuestro ser,

hay que saber retirarse mucho antes de que nos retiren. Solo el actor Miguel Rojas sabrá el por qué. El artista continuará en el halo y perfume de las mejores galas de la época; el actor será un recuerdo lejano, como el telón que cae y prepara la escena para la cosecha que se anuncia mejor en la generación que toma la vanguardia y su aventura. Tiempo quieren las cosas, como siempre.—